

EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.



SUSCRICION EN MADRID.

Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 9.º TOMO II.—SABADO 1.º DE MARZO DE 1845.

La redaccion está en la calle de la Manzana, número 15, cuarto bajo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.

Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscribes en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Meditación religiosa, por D. G. G. Tassara.—Sonetos.—La Semana Santa en Roma, por D. A. F. del Rio.—Poesía popular, por D. G. Tejado.—La Semana Santa en Toledo, por D. J. P. Calvo.—Novela, por D. J. Olona.—Poesías.—Revisión de la Quincena, por D. A. Flores.

Trasformacion sin limites del lodo
En que mi planta hundia,
Naciendo todo y pereciendo todo
Alli donde nacia:

Eso fue el mundo para mí. Un abismo
Y en ese abismo nada.
Yo llevé la impiedad al faratismo,
La voz del alma ahogada.

MEDITACION RELIGIOSA.

Yo te adoro ¡gran Dios! El alma mía,
Como exhalada nube
En alas de mi ardiente fantasía
Hasta el empyreo sube.

Sube, y el trono del querub mi asiento,
Y el cielo es mi morada,
Y contemplo á mis pies el firmamento,
Los mundos y la nada.

Sube, y el rayo de la eterna lumbré,
Cual un perfume aspira,
Y reina en la creacion, y allá en su cumbre
Como un planeta gira.

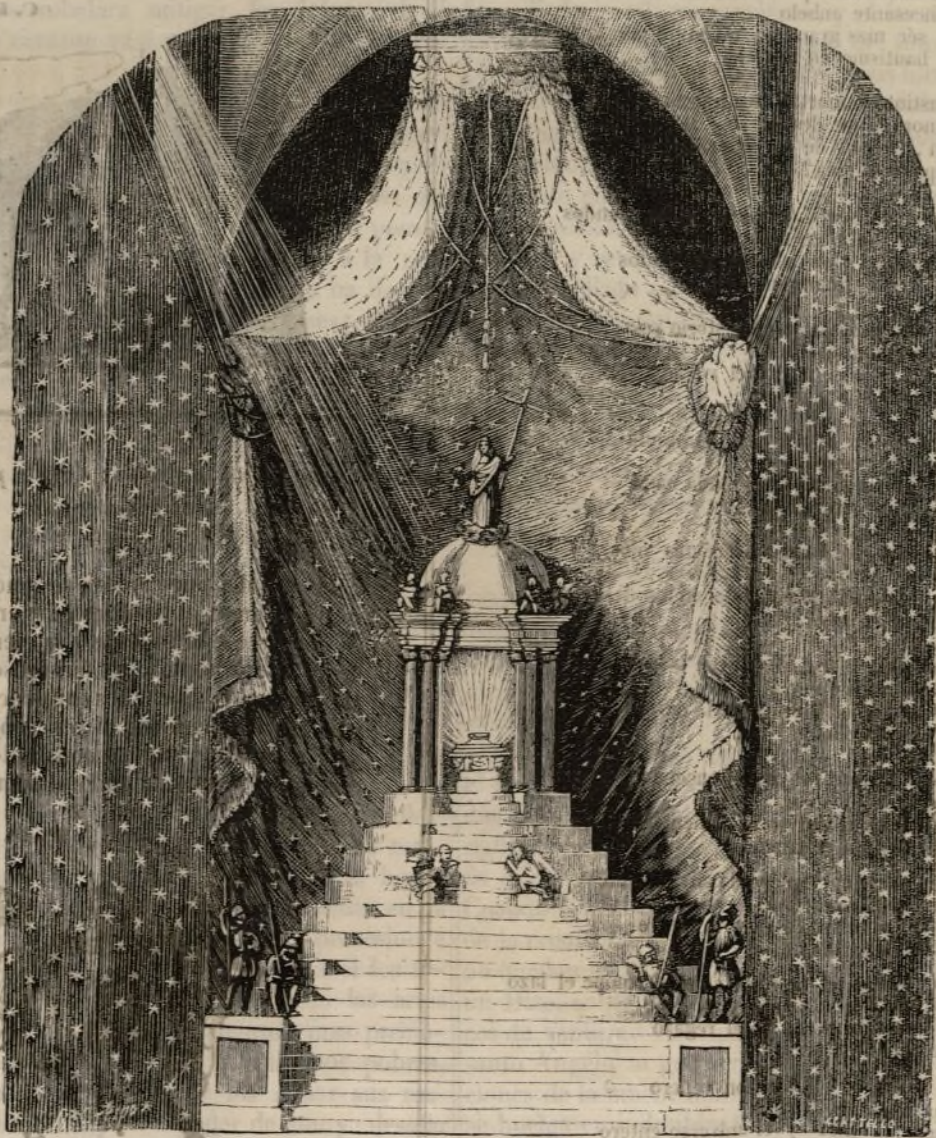
¿Quién dijo «el mundo se enjendrò á si mismo;
Su Dios es el acaso?»
¿Quién, que no halló bajo su pie el abismo
Al avanzar su paso?

¡Ay! es verdad. En mi razon la duda
Se apacentó algun día.
Yo quise ver la realidad desnuda
Del mundo en que vivía.

Y en mi estéril razon desencantados
El mundo y su belleza,
A un confuso tropel de ciegos hados
Di la naturaleza.

¿Dónde ya la ilusion, si la esperanza
Desparecido habia
Al fenecer con su feliz bonanza
De la creencia el día?

Ciego embrion de seres abortados
Por un fatal destino,
Por la muerte en la tumba despeñados
En medio á su camino;



Monumento de la Semana Santa en Toledo.

Perdóname ; Señor ! Hálito inmundo
Bebiendo de impureza,
Sobre la tumba universal del mundo
Doblé yo mi cabeza.

Y la noche pasó y el claro día
Con su luz, con su velo,
Y yo no levanté la frente mía
Para mirar al cielo.

Pero su voz que en la creacion resuena
En cántico sonoro,
El alma son que el universo llena
De sus cien arpas de oro :

El eco melancólico que vaga
Por la estension vacía,
Cuando la tarde en occidente apaga
Con la tiniebla el día;

Ese acento inmortal que en la mañana,
Cuando el oriente dora,
Resbala sobre el tálamo de grana
De la naciente aurora ;

Esa voz, voz del cielo, de otro mundo
Vago, inmortal sonido,
Volvió, volvió á sonar en lo profundo
Del corazon herido.

Yo te adoré sin sondear tu arcano :
Y sobre el alma mia
Vertió, Señor, tu omnipotente mano
Tu cáliz de ambrosia.

En todas partes ya mi vista asombra
De tu poder la muestra,
Yo contemplo en la luz, busco en la sombra
El sello de tu diestra.

De la creacion en los profundos senos
Tu nombre allí, tu gloria,
Llenos estan de tu grandeza, llenos
Los siglos y la historia.

¡ Triste razon ! en su mezquino vuelo
Hasta la tumba alcanza:
De la tumba á los ámbitos del cielo
La senda es la esperanza.

Ni es dogma, no, la religion del hombre
O ciencia ó pensamiento:
Si el alma tiene para Dios un nombre,
Dios es un sentimiento.

Esta necesidad que el hombre siente,
Este incesante anhelo
De un sér mas grande á quien rendir la frente,
De un bautismo en el cielo,

El instinto inmortal de un gran destino
Que ignora y que desea,
No son, Señor, de tu poder divino
La inapagable idea ?

¡ O Sér del sér ! Los astros y los mundos
Te cantan y obedecen ;
La tempestad, los piélagos profundos
A tu voz se estreñecen.

Tu providencia que el misterio vela,
Desde la inmensa altura,
Sobre las alas del arcángel vuela
Y encarna en la natura.

Y das la luz al sol con tu mirada
Y al mar los aquilones.
Mueves tu voluntad y la honda nada
Se puebla de creaciones.

¿ A dónde, á dónde volveré mis ojos
¡ Oh Dios ! que no te vea ?
De los mundos que han sido en los despojos
La mano está que crea.

« Dios » en la tumba que en la noche mora
Grabó su ardiente mano ;
« Dios » al mecer la cuna de la aurora
Esclama el océano :

« Dios » graba el rayo, al encender su lumbré
Del huracan el seno :
« Dios » clama el eco de la ardiente cumbre
Que despedaza el trueno ;

De la creacion espléndida en la frente
Está su nombre escrito :
El alma en todas partes y la mente
Encuentran lo infinito.

¡ Oh ! qué es el hombre cuando rompe el lazo
Que le une á su alta suerte,
Y de la madre tierra en el regazo
Siente salir la muerte ?

Yo con la fé del corazon venero
Su santa omnipotencia :
Yo esclamo « Dios » y el universo entero
Se inclina en mi presencia.

Solo ; gran Ser ! como tu gloria es sola
Do quiera te contempló,
Tu altar el sol, los astros tu aureola,
La inmensidad tu templo.

¡ Ay ! aunque nunca la razon comprenda
Que á ti la fe conduce,
Que á los ojos cubiertos con su venda
Un sol eterno luce,

Lo sabe el alma, y en su luz enciende
La osada fantasia,
Y las tinieblas del misterio hiende
Tras el eterno día.

Lo sabe ; oh Dios ! y á conquistar se lanza
Desde el mezquino suelo
Exhalada en dulcísima esperanza
Su altar, su patria, el cielo.

Allá, en la inmensidad, fulgente ondea
De eternidad la palma :
Bajo su copa que el Edem sombrea,
Va á reposar el alma.

Y en el seno de mil eternidades
Blandamente adormida
Le alimenta el maná de las deidades
Y hasta la muerte olvida.

GABRIEL GARCIA Y TASSARA.

MEDITACION.

Suena la hora fatal ; todo enmudece :
obediente á su Padre el Hijo amado,
en holocausto del primer pecado,
su pura sangre y su suplicio ofrece.

Rueda el cóncavo trueno, y resplandece
en torno el firmamento ; su esperado
curso suspende el sol ; el viento hinchado
las entrañas del Gólgota estremece.

¡ Ciega generacion, que á un tiempo busca
su venganza y su muerte, y acrecienta,
sorda á la voz de Dios, su desvario !

Su crimen mismo la razon le ofusca ;
su mismo error á delinquir le alienta :
¡ y yo, insensato, menosprecio el mio !

C. ROSELL.



*Mandatum novum do vobis : diligite proximos vestros
sicut vos metipsos.*

¡ Padre del puro amor, de amor esencia,
que por amor al hombre, generoso
te ofreciste á la muerte y la clemencia
de tu Padre implorabas fervoroso !
De ese amor la benéfica influencia
penetre al vengativo, al rencoroso ;
y tu mandato cumplirá constante
como á sí mismo amando al semejante.

P. F. BAEZA.



VERSOS

Escritos á bordo de la fragata ROSA, primera
Cádiz ; y dedicados á su capitan el teniente de na-
don José Villalba.

De los bajeles sol, del mar orgullo
entre espumas se mece la fragata,
y acaricia la brisa en dulce arrullo
su pabellon pajizo y escarlata.

Es la ROSA sin par del Océano
y descuella gallarda entre las naves,
cual palma entre los árboles del llano,
cual águila imperial entre las aves.

Es bajel á quien presta el viento alas
para cruzar la cristalina alfombra,
y altiva ostenta sobre el mar sus galas,
y allí semeja fugitiva sombra.

Es fragata velera cual ninguna,
hiende las olas, desafia al Noto,
y alegre le sonríe la fortuna,
mientras marca su rumbo hábil piloto.

El parece monarca del espacio
y el fulgido horizonte es su floresta,
trono le dá el bajel y el mar palacio ;
su luz el rayo, el huracan su orquesta.

Ya apenas entre pálidos celajes
el empório de Cuba se retrata,
ni arenas se distinguen ni ramajes,
y hacia oriente navega la fragata.

Engólfala sutil y amigo el viento,
y ya desde su popa miro ufano
el infinito azul del firmamento
y el infinito azul del Océano.

¡ Cuánto valor su perspectiva imprime !
¡ Cuánta belleza nuestra mente apura !
¡ Espléndida mansion, altar sublime,
donde adora á su Dios la criatura !

No mas zozobras ya, no mas tormentos ;
yo veré las riveras españolas,
aunque luchen los vientos con los vientos,
y aunque choquen las olas con las olas.

Resbala el tiempo rápido y mañana
nos mostrarán del alba los reflejos,
al través del matiz de nieve y grana,
una ciudad lindísima y galana
entre el cielo y el mar allá á lo lejos.

¿ Veis la ciudad que de las aguas brota
y luego excelsa hacia los cielos sube,
que tal vez nos semeja nave rota,
ó isla perdida que en los aires flota,
vapor lejano ó transparente nube ?

Aquella es Cádiz, opulenta un día,
y, aunque su pompa al fin hubo quebranto,
es el lindo joyel de Andalucía,
y cuanto en él se escucha es armonía,
y cuanto en él se vé produce encanto.

Muestra al placer tu corazon abierto
en tus labios, marino, la sonrisa ;
al fin llegamos ; nuestro triunfo es cierto ;
por fortuna ya anclamos en el puerto ;
sus leves alas recogió la brisa.

Saluda las blanquísimas almenas
de esa ciudad donde el amor te llama,
donde vas á gozar horas serenas,
mientras yo viviré libre de penas
á los pies del nevado Guadarrama.

Adios, caro marino, y no presumas
olvide un solo instante tu fragata,
que hiende allá en el mar montes de espuma
ó surca en lento son llanos de plata ;

Que es la ROSA sin par del Océano,
y descuella gallarda entre las naves,
cual palma entre los árboles del llano,
cual águila imperial entre las aves.

A. F. del Río.

LA SEMANA SANTA EN ROMA.

Es difícil que el entendimiento humano halle en las tradiciones de los pueblos, ni en los misterios inventados por la imaginación poética de los orientales ó por el fanático delirio de los habitantes del Norte, ceremonias más patéticas y sublimes que las celebradas por la piedad de los cristianos en la Sede del catolicismo durante la Semana Santa.

Oran todos en días tan solemnes, desde el Salvador, que es la víctima, hasta la tierra no encapotada ya de sombras. Todos hunden la frente en el polvo desde Jerusalem hasta Roma y desde Roma hasta la más humilde iglesia campestre: todos se postran al pie de esa cruz, que fué nuestro rescate, de ese calvario, cuya sangre humea todavía y del cual brota la vida eterna. Pero si se ha de contemplar esa misteriosa Semana en toda la magnificencia de su culto, embriagándose el hombre en esa fé que fortalece y regocija á el alma, conviene asistir á la ciudad pontificia desde que con el domingo de Ramos se abre el período de los padecimientos divinos.

No fué Roma en verdad por la que profetizó Jeremías aquella lamentación poética en que figura de luto á los caminos porque no hay quien acuda á las solemnidades. Si por acaso fuera testigo Jeremías de tan religioso celo, si presenciara aquellos cuatro días en que apura la iglesia hasta las heces el cáliz de la amargura, no exclamaría como en los tiempos de su tristeza.—¿Cómo está sentada solitaria la ciudad llena de pueblo? Ha quedado como viuda la señora de las naciones, la princesa de las provincias ha sido hecha tributaria.... no hay quien la consuele entre todos sus amados.

Han cambiado los tiempos, y así es que de todos los países del mundo asiste á Roma inmensa muchedumbre impelida por la curiosidad ó por la devoción á tomar parte en las angustias de la muerte de Cristo ó en los regocijos de la Pascua.

No bien asoma el miércoles Santo se agolpa el pueblo en torno de la triple columnata del Vaticano: allí se confunden en virtud de uno de los más inapreciables beneficios de la religión cristiana, príncipes y mendigos, artistas y jornaleros, ingleses y familias católicas, rusos y peregrinos, que caminan en pos de la esperanza desde las cumbres de los montes ó desde el fondo de los valles, y ansiosos de besar los pies del que predica la voz del Evangelio. Todos aguardan impacientes á que se abran las puertas de la capilla Sixtina, ya giran sobre sus metálicos goznes, penetra la trémula muchedumbre en su recinto y comienzan los tres días de misterio y de luto.

Medio cubiertos de piel de cabra ó de sucios harapos el guarda de los búfalos de las ciénagas pontinas ó el aldeano vecino al hediondo lago de la Solfataria, tropiezan allí con el opulento viajero y con la magestuosa dama, á quienes siguieran pocos días antes con sus leonados ojos á través de la campiña de Roma, que contiene toda la poesía del desierto. No hay gerarquías sobre el pavimento de la capilla consagrada en el Vaticano á la pompa de las festividades del cristianismo: allí el desnivel de las clases de la sociedad desaparece, y solo se ven fieles que oran henchidos de fé y palpitando de esperanza. Poco después vibra bajo aquella magnífica bóveda el *Miserere* con los rígidos y plañideros versículos de su psalmodia, en que explica y comenta esa lección de igualdad santa, que nos dá la iglesia.

A la caída de la tarde cuando el sol palidece alejándose poco á poco de las admirables tintas derramadas por Miguel Angel en su Juicio final, resuena en el oído un cántico de muerte y de arrepentimiento que solo es dado comprender á el alma: no se concibe de dónde parten aquellos sonidos, cuya

monotonía viene impregnada de unción religiosa, ni se oyen más que voces ya suaves, ya trémulas que vierten en los corazones el espanto ó la penitencia. Interrúmpense á cada lamentación profética aquellas voces tan oprimidas según las emociones que producen: se apaga una vela del tenebrario, y á la dudosa luz que las demás proyectan, apagándose sucesivamente en medio de las sombras, ven los ojos cómo se alzan sobre el ara aquellos prodigiosos fantasmas, abortados por el genio de Miguel Angel á los pies del Dios que ha de juzgar á los grandes y á los pequeños; cómo se entreabren las tumbas y cómo resucitan los muertos, trémulos de ventura ó pálidos de espanto, para asistir á la eterna separación de los réprobos y de los justos.

¿Cómo no recogerse todos en su propia conciencia en aquel instante en que el estupor y el asombro se apoderan de los entendimientos más rudos y de las imaginaciones menos capaces de comprender la sublimidad y la belleza? ¿Acaso no asisten todos mentalmente á ese juicio que cinceló en la piedra el atrevido buril del artista, grabándolo para los siglos bajo los toscos y brillantes colores de su paleta?

Apenas cesan de percibirse los sonos lastimeros de los versículos del *Miserere*, aparece el Sumo Pontífice con vestiduras de luto en medio de la noche que le circunda; tiende sobre la muchedumbre aquella mano que de continuo bendice, y la muchedumbre se retira con arrepentimiento en el corazón, lágrimas en los ojos, y meditando en el misterio para que ha sido preparada. Después se detiene en cada esquina, en cada edificio, porque donde quiera se ven imágenes de Nuestra Señora, y se postran á sus pies los cristianos, y entonan cánticos á María, á imitación de los Pifferaris de la montaña. Habiendo asistido el pueblo á la agonía del Hijo, parece como si anhelara mitigar los dolores de la Madre, cuyo corazón va á ser tan cruelmente traspasado.

Antes de quedar todo consumado quiso Cristo dejar en el mundo la última prenda de su amor á los hombres, por eso dijo: *Este pan es mi cuerpo; este vino es mi sangre, haced esto en mi memoria*; y la iglesia se envuelve en toda su pompa, se reviste de toda su gala para rendir á la sangre del Redentor el debido culto. Ya ha desaparecido el luto y las fúnebres lamentaciones: este día es un glorioso preludio de la Pascua, una resurrección anticipada, y la muchedumbre asedia desde muy temprano aquella misma capilla, donde un día antes *lloró todo su corazón*, según las sublimes palabras de Isaías. Humean en torno del altar los incienso como el día en que saluda la Iglesia al pesebre de Belén, como la hora en que celebra la venida del Espíritu Santo. Se divisa al Papa sobre su trono, comulga bajo las dos especies de pan y vino, y entonces avanzan de dos en dos y en orden de antigüedad los cardenales cubiertos de púrpuras y resplandecientes de oro, y se acercan al tabernáculo como simples fieles para recibir de manos del celebrante el pan de vida que ofreció Cristo á sus apóstoles en la santa cena. Circundado desde allí de toda su corte hiende el Soberano Pontífice las oleadas de cristianos, puestos de hinojos sobre las mármoreas baldosas de la basílica, y deposita la hostia consagrada en el sepulcro de Jesús preparado en la capilla Paulina: trasládase luego en procesión á un espacioso claustro, donde prodigó Rafael los tesoros de su genio y donde han colocado las artes sus obras maestras y sus monumentos más preciosos. Allí se aproxima á doce eclesiásticos pobres, trémulos todos bajo del peso de los años: sus manos, que tienen el supremo poder de atar y desatar

en la tierra lo que será atado y desatado en el cielo, lavan los pies de aquellos representantes de los apóstoles; pues no debe retroceder el vicario ante ninguno de los actos ejercidos por Jesucristo; y el príncipe y el monarca, por seguir el ejemplo de Dios, ya que son sus intérpretes en el mundo, deben humillar sus testas coronadas delante de los pobres, por quienes la religión tanto ha hecho.

A contar desde esta hora ostenta la Semana Santa toda la magnificencia de sus dolores: no busqueis á la sazón la vida de aquel pueblo tan bullicioso y tan susceptible de impresiones: desaparecen sus fáciles costumbres y sus inspirados cantos detrás de la velada cruz del Redentor de los hombres: está triste como la iglesia, y llora como las santas mujeres al pie del Calvario. Luego que se celebran las solemnes ceremonias, para cuya descripción en vano se buscarían voces en el más rico de los idiomas: luego que el silencio de las cuatrocientas campanas de Roma anuncian el viernes Santo, que muere Dios en un patíbulo afrentoso, donde solo conducían á sus siervos los antiguos romanos: luego que espira en la Cruz, en ese suplicio á que condenó Cicerón á Verres en expiación de igual desafuero, es de ver cómo se identifica el pueblo con la iglesia.

Agobiados los cardenales bajo el peso de sus túnicas blancas y negras se arrastran de rodillas para adorar el Crucifijo de que son los primeros sacerdotes: rodeado el patriarca de Jerusalem de sus obispos llega en nombre de la Judea á hundir en el polvo su frente, tantas veces surcada por el alfanje otomano con las cicatrices del martirio; y el pueblo, que comprende y participa de fé tan fervorosa, agrupado y sumiso en rededor de las mármoreas columnas, sosten de aquella soberbia basílica, ora con los labios, ora con los ojos y de corazón ora.

Todo es allí recogimiento, y el fausto que ostenta en semejante día la metrópoli del mundo solo distrae las fugitivas miradas de algunos forasteros; mas cuando aparece de improviso suspendida de la cúpula de San Pedro la luminosa Cruz, símbolo de muerte, el pueblo, sumido antes en la amargura, se estremece de santo gozo. A una señal inunda aquella Cruz con sus resplandores toda la extensión de aquel espacioso recinto, y revela todo el porvenir grabado en el sepulcro, sellado por los judíos y custodiado como una ciudadela: sus fulgidos rayos se proyectan en torno de las estatuas puestas sobre las tumbas de los pontífices, que se dilatan por el templo como un tendido sudario. ¡Cuán pequeños son los hombres en el seno de las tinieblas de la vida, y ante aquella gloriosa imagen del cristianismo! ¡Qué poca cabida tienen allí sus pensamientos terrenales y sus delirios de fugaz ventura!

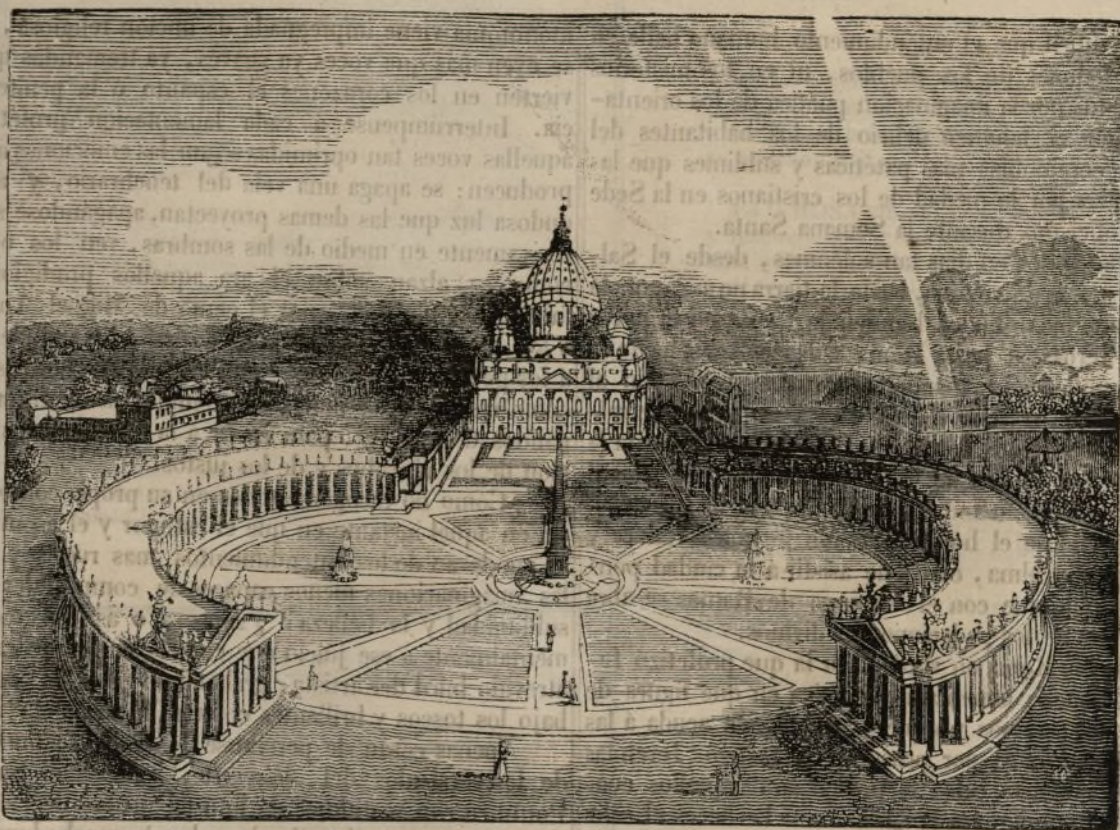
Súbito, y en el mismo instante en que el soberano pontífice se prosterna para adorar el Santo Madero, resuena por los ángulos de la basílica el himno de todos los dolores; el *Stabat Mater*, la más expresiva alegría que ha brotado del corazón de los hombres, santificada por Pelgocio con su música cristiana. No vierte ya lágrimas la muchedumbre: suspendida entre el gozo y el quebranto intenta reprimir los encontrados sentimientos que luchan en su alma, cuando al siguiente día agita las campanas de la ciudad el *Gloria in excelsis, Deo*, que pronuncia el vicario de Cristo. Cuando á la misma hora vibran todas las campanas de la cristiandad; cuando, ya cumplido el misterio, no quedan en la tierra más que un sepulcro vacío y un Dios, sobre el ara entonan los romanos sus cánticos de ventura. Amalgama el cañon del castillo de santo Angelo su guerrero estampido con las aclamaciones de la muchedumbre, que pulula por las calles, se huela en indecibles testimonios de regocijo y pal-

motea en derredor de las hogueras de Pascua encendidas en todas las plazas, mientras se elevan rápidos cohetes de múltiples colores para perderse en los aires. Aparecen con sus vestidos de gala entre bujías y milagros las imágenes de Nuestra Señora, cubiertas desde el miércoles con negros crespones: se ven las tiendas ornadas con flores y laureles, y por un contraste tan moral como extraño y significativo, toman parte en la comun alegría los judíos, que aun llevan en su frente la marca del terrible anatema del Deicidio, de manera que al contemplar los transportes de júbilo de que hacen alarde, parece como si demandasen cuenta á sus mayores de la sangre que derramaron sobre el Gólgota.

Después de esta pompa en que alternan goces y pesares amanece el día de Pascua. Para nosotros, miserable pueblo, tibio en sus creencias, Pascua es un domingo cualquiera, dado que no trabajemos por la mañana, y nos engolfemos por la tarde en licenciosos deleites; para los romanos es otra cosa muy distinta, pues resucitan con su Dios, y cuando con él surgen del sepulcro, ven cómo tremola sobre las almenas del castillo de Santo Angelo las antiguas águilas de la República enlazadas con las llaves de San Pedro. Ondeán los estandartes sobre el mausoleo del emperador Adriano, convertido por los vándalos en fortaleza: ostentan las siete basílicas sus mas ricos ornamentos, y entre aquellas poblaciones agrupadas en torno de la madre de las iglesias, se confunden monarcas, cardenales, embajadores, príncipes por la sangre ó por el genio que acuden á solemnizar aquella universal ceremonia. No hay calles ni pretilos que basten á dar cabida á tan extraordinaria muchedumbre, cómo se detiene donde quiera, dominada por un irresistible instinto de veneración cristiana, y ora sobre las gradas de mármol que con-

llora á su madre, acercaos ahora, si podeis, á la inmensa Basílica. Realiza en tan solemne día todas sus predicciones la inscripción inmortal grabada por Sixto V en el obelisco, que elevó Fontana al frente de

la metrópoli del mundo: Cristo vence, Cristo reina, Cristo domina en aquel recinto. Ya no fatiga los ojos en aquel instante el doloroso aspecto de la muerte; ya no se encuentran allí tabernáculos abiertos y va-



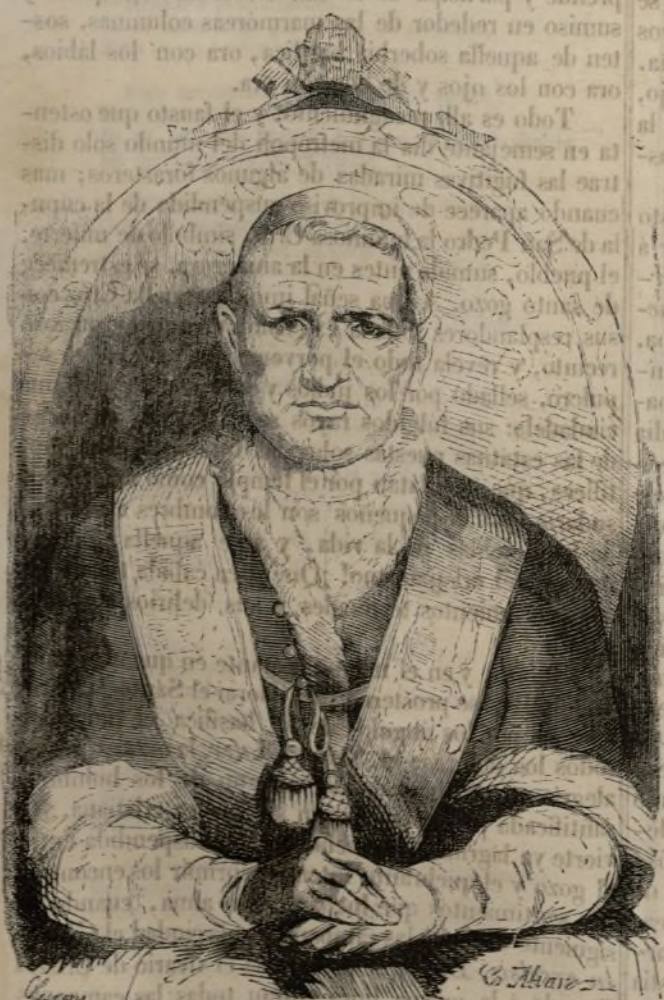
Exterior de la Basílica en la plaza del Vaticano.

cios como si los hubiese saqueado la mano de otro Judas, ni cruces sepultadas entre opacas sombras: una sola noche ha transformado acentos de desesperación en himnos de gloria, y el cristiano venturoso con su fé y extasiado en la oración y en el recogimiento, se postra de hinojos, ya en el atrio ya en torno de las tumbas de los pontífices que gobernaron al mundo. Suena al fin la

hora deseada en que da principio la misa pascual, la misa del papa. *Ver á Nápoles y morir luego*, exclaman poéticamente los napolitanos embelesados con su atmósfera serena, con el fecundo sol que dora sus campos, y con las olas del Mediterráneo que acarician blandamente la ciudad del Vesubio. Cuantos viajeros han estado en Nápoles, apetece vivir en su ameno recinto; mas si una vez han visto



Interior de la Basílica de S. Pedro.



Gregorio XVI.

ducen al templo, ora en la plaza del Vaticano; porque sabe que desde el día de Pascua data una nueva era para Roma y para todas las naciones que languidecen á la sombra de la muerte.

Ya que antes habeis visto á la religion envuelta en sus tupidos velos de luto, cómo una hija que

sus ojos el magnífico espectáculo que brinda al mundo atónito la Basílica de San Pedro en las ceremonias de Semana Santa, hubieran tenido por inefable ventura seguir hasta los cielos aquellas armoniosas orquestas, aquel fausto religioso con que se reviste la iglesia cuando sube al altar su jefe como sacerdote y como monarca: aunque hayan presenciado muertes y nacimientos de reyes, y hayan sido partícipes del regocijo que acompaña al entusiasmo de las fiestas populares, nunca ha palpitado su corazón tan conmovido como al ver al papa subiendo las gradas de mosaico del ara, donde reposa el Príncipe de los apóstoles.

¡Cuán solemne es para los romanos un día de misa pontifical! Se viste la ciudad con lo mas rico de sus galas: sus antiguas águilas eubren aún con su corva garra las iniciales perennes de la República S. P. Q. R., y parece como que agitan sus alas en señal de victoria. Aquel Pontífice, en cuyas vestiduras resplandecen la púrpura, el oro y los diamantes, tal vez pobre y desvalido algunos años antes, pedía un pedazo de pan por el amor de Dios de puerta en puerta; y acaso entre aquella muchedumbre, que solo tiene ojos y labios para dirigir al cielo sus oraciones, se halla un muchacho ó un simple monge á quien reserva el cielo la gloria de ascender á aquel trono,

donde solo el santo Padre puede celebrar los divinos misterios.

Son tan patéticas, tan graves é imponentes las ceremonias de la iglesia que nos inducen á ser católicos por instinto. ¿A quién no le han embelesado siendo tierno infante las dulces ó lúgubres plegarias.



Plaza del Vaticano en el domingo de Pascua.

que presiden á nuestro nacimiento y á nuestra muerte? ¿No asomaban á vuestros ojos ardientes lágrimas

cuando ya jóvenes vibraba en vuestros oídos el *Veni Creator* entonado al abrirse el año escolar ó en el día de Pascua de Pentecostés? ¿No bullen en vuestra mente ideas de ambición, delirios de glorias y venturas, cuando en el recinto de una iglesia campestre entona un sacerdote el cántico de los ángeles y de los vencedores? Juzguese pues de los sentimientos que deben rebosar en las almas, viendo al príncipe de los creyentes ocupar en la Basilica su áureo trono, en frente del altar fulgido con las luces de mil cirios mientras forman su séquito los penitenciaros de Roma. Entonces no se distingue ni á los reyes puestos de rodillas al rededor de cuatro columnas de pórfido, que parecen el sosten del templo, ni á los embajadores, que imitan el ejemplo de los soberanos, ni á los senadores revestidos con la púrpura de sus antiguas togas, ni á los cardenales cuyas dalmáticas relumbran con el brillo de los diamantes. Solo se fijan los ojos en un hombre, en el Pontífice, el grande, el infalible doctor de la iglesia, anciano de noble aspecto, cubierto de canas y cuyos labios murmuran fervorosas oraciones: apenas se percibe la arrebatadora música que resona entonces conmoviendo el corazón como el canto de una madre. Luego que se eleva algún tanto el espíritu á ceremonias que por lo grandiosas absorben todas las facultades, se puede razonar sobre el asombro experimentado y se observa lo que no bastarían á explicar, ni toda la magia de la paleta de Rafael, ni toda la poesía de Lamartine.

Apenas aparece entre aquella muchedumbre que se agita como las oleadas del mar embravecido, la cruz de oro llevada por un prelado, á quien rodean otros doce con candelabros cuyo peso les abruma, se apodera de todas las almas un religioso silencio, y á continuación saluda al Sumo Pontífice el canto católico: *Tu es Petrus, el super hanc petram edificabo ecclesiam meam*. Penetra el santo Padre en el templo y cubierto de ceniza va á sepultar su frente sobre la losa que guarda la osamenta del jefe de los apóstoles, ora como un pecador humilde, alzá-



Bendición papal.

dose despues como príncipe de la tierra á quien rinden homenaje los cardenales sus respetables hermanos.

Esta adoracion, preludio forzoso de todas las misas pontificales, es sin duda el espectáculo mas sublime del mundo. Figuraos á 60 ancianos todos cargados de años, de virtudes y de ciencia, todos cubiertos de púrpura, todos postrados á los pies de aquel á quien han reconocido por jefe, y á quien tal vez protegieran en la época en que simple monge ó clérigo oscuro, echaba los cimientos de la fama que no le habian consentido ni su cuna, ni su pobreza. Entre los miembros de aquel sacro colegio, se cuentan hijos de monarcas, de emperadores, de príncipes, de hombres ilustres, cuyo nombre es por sí solo una gloria, y estos son los que mas se humillan ante el anillo del Pontífice como si quisieran hacerse perdonar en el recinto de aquel templo donde reina la cruz del Gólgota, lo elevado de su estirpe ó la casualidad de su fortuna. Van en pos de ellos el Senado de Roma, los príncipes cristianos, los embajadores de todos los paises, y despues de haber nivelado adoracion tan solemne todas las clases, despues de haberse confundido al pie de las gradas de tan excelso trono, los hijos de sangre regia y los hijos del pueblo, se incorpora á ellos el Pontífice, cae la tiara de su cabeza, y ya no se ve mas que á un sacerdote cubierto de canas.

Da principio la misa, y ora con su jefe la cristiandad entera representada por las diputaciones de los sacerdotes ó de los fieles. Solo se distinguen cardenales y príncipes de la iglesia romana que sirven al celebrante, como simples acólitos en torno del altar privilegiado para aquella fiesta. Obispos se ven allí que reciben en sus catedrales los mismos honores; pero confundidos con sus mitras entre aquella multitud de sacras dignidades, se tienen por venturosos con ofrecer á su pastor el agua, el vino y los incienso que han bendecido sus manos.

Allí ocupan su puesto en la gerarquía eclesiástica los patriarcas del Oriente con las vestiduras sacerdotales del tiempo de los Concilios, y sus voces quebrantadas no tanto por la edad, como por los trabajos y persecuciones del apostolado, cantan en la armoniosa lengua de Homero la Epístola y el Evangelio que acaban de leer en latin los cardenales diáconos. Despues de hablar el Apóstol y Cristo, hablan á su vez el hombre y el cristiano, y brota de una sola boca y de cien mil corazones el Credo, simbolo de nuestra fé que une lo pasado con lo venidero. Entonces se ven salir de aquellas sacristías, que son otros tantos palacios donde rivalizan la pintura y la escultura, los vasos sagrados de que solo puede servirse el Papa puesto sobre almohadones de terciopelo, y sostenidos por prelados: sigue la triple corona que al morir lega el Pontífice á su Señor como una carga en la tierra, y acaso tambien en el cielo, y despues todos los tesoros que posee la iglesia, todas las piedras preciosas que le han prodigado la piedad y munificencia de los monarcas. Domina el Pontífice aquella poblacion cristiana, cuyo recinto desearia ensanchar, y separado de los que antes le circundaban, pronuncia con una rodilla en tierra las místicas palabras que transforman el pan en Dios, y el vino en su sangre; y la religion con su omnipotencia y con la magia de sus recuerdos avasalla los corazones mientras un silencio universal atestigua su dominio sobre los mortales.

Consumase el misterio santo: vibran de nuevo cánticos á que no se mezcla ninguna voz humana, y á que prestan algo de sobrenatural las palabras pronunciadas por el consagrando. No parece música terrenal la que se oye dentro de aquellos muros testigos de tantas maravillas, y hay tal suavidad en sus acentos cuando sus plegarias inundan de armonia la extensa Basilica, que con ella se remonta el alma á regiones desconocidas. Caen sobre las magnificas tintas de aquel pavimento lágrimas arrancadas á los poderes de la tierra, y oran como una mujer desolada, no solamente los católicos, sino tambien los protes-

tantes de corazon tibio y de alma extenuada por cálculos ambiciosos.

Anuncian el estampido del cañon de Santo Angelo y el tañido de las sonoras campanas de San Pedro que el Papa va á bendecir á la iglesia y al universo. Entonces todos los que han tenido la fortuna de penetrar en la Basilica, y aquellos que no han logrado encontrarse en su recinto se agrupan en la plaza del Vaticano iluminada por el sol de Italia, donde se ostenta un magnifico panorama en que se ven trajes de todas las naciones, uniformes de todas las córtes, habitantes de todos los paises.

Ya es mediodia, truena el cañon, se agita en rápidos vientos el ruidoso metal de las cuatrocientas campanas de la ciudad de los Césares, y aparece el trono del Pontífice en el balcon del Vaticano. Niños y mujeres, jóvenes y ancianos sepultan la frente en el polvo, y en medio del silencio mas solemne bendice el Sumo Pontífice á la ciudad y bendice á Oriente, y bendice á Occidente, porque el mundo todo tiene derecho á sus bendiciones: brotan de sus labios palabras augustas, palabras consoladoras, y el pueblo se levanta con la alegría en los ojos, y la felicidad en el alma, victoreando en su entusiasmo al príncipe de la iglesia, en esa lengua italiana tan opulenta en armonia, á fin de agradecer con este voto de los hombres lo que acaba de concederle la plegaria del sacerdote.

Durante la cuaresma ya cerró en el seno del dolor y de la amargura; el dia de Pascua reconquista su delirante gozo. A la caída de la tarde, se ilumina como por encanto la cúpula de San Pedro y tejiéndola inmensa red se proyectan á lo lejos sus luces de mil colores, ya en la ciudad, ya en sus desiertas campiñas. El mausoleo de Adriano defendido por el puente del Tiber despiende sobre el rio sus giróndolas, lanza á los aires sus brillantes soles, sus mágicos cohetes se cruzan, se chocan entre sí, y á fuerza de luz se eclipsan unos á otros. Pululan en las calles los hijos de Roma, tan aficionados á estas diversiones nocturnas, y los forasteros que en ellas toman parte trepan con ellos á las Siete colinas consagradas á monumentos piadosos.

Así pasan entre lágrimas de piedad y delirios de ventura, esa Semana que derrama tantos consuelos en el corazon de los que asisten á todas sus ceremonias mas con los ojos de la fé, y en el alma de los que á ellas acuden en alas de la curiosidad, tantos recuerdos de magestad religiosa.

POESIA POPULAR.

Los afectos, las ideas del poeta contemporáneo no son los afectos ni las ideas del pueblo para quien escribe,—mejor dicho,—el poeta contemporáneo no escribe para el pueblo,—no escribe mas que para sí mismo.—La poesia contemporánea por consiguiente no es, no puede ser popular.

Estamos en un siglo de transicion, en que no existiendo sistema alguno completa ó distintamente realizado, no puede tampoco existir principio alguno fijo, y por tanto ninguna consecuencia absoluta y conocidamente útil.—De aquí ese perpétuo y necesario antagonismo entre lo pasado y lo presente. De aquí esa lucha mortal entre la fé y la duda. De aquí esa discordancia universal entre la cabeza y el corazon.

Por una parte el espíritu del análisis agitando convulsivamente sus alas de hielo, escudriñando los secretos mas íntimos del corazon humano, y pretendiendo clasificar con una precision anatómica las concepciones mas ideales de la mente, y las ilusiones mas misteriosas de la inocencia y del genio.—Por otra parte un escepticismo repugnantey estéril, que todo lo excluye, que todo lo falsifica, y que no escarmentando en fin al ver que á cada instante tiene que desmentirse á sí mismo, parece que se propone negar la humanidad, y desmentir la Providencia.—De aquí esas voces discordantes y enemigas, que sentimos inundar la cátedra de la filosofía, la tribuna del parlamento, la academia del artista, el gabinete del literato. De aquí

esa accion y reaccion continua de ideas contradictorias, de sentimientos inconciliables. De aquí ese afán de proclamar como exclusivamente dominadoras, formas distintas, que abrazan y practican los fanáticos de hoy para imponerlas como sacramentales á los fanáticos de mañana, sin que los unos ni los otros puedan darse razon clara de lo que quisieran dictar como ley á sus respectivos sucesores.—La idea misma del fanatismo no puede quizá definirse bien en nuestros tiempos.—Semejante sentimiento, si tal puede llamarse, no es entre nosotros el amor exagerado de una creencia fija, sino el asilo incierto y pasajero contra una perpétua duda.—En nuestra época se aman con delirio muchas cosas malas, no porque se crean buenas, sino porque se temen peores....

¿Qué cantará el poeta contemporáneo?... ¿Pedirá sus inspiraciones á la naturaleza?—La naturaleza no está en armonia con su corazon, y no puede responderle.—Beberá sus cantos en la sociedad, que lo rodea?—Se encontrará á esta sociedad analizándolo todo ó negándolo todo... Y ni el poeta analiza, ni nada hay menos poético que no creer nada:—¿Acudirá á la historia?... La historia ha comenzado á elevarse á ciencia; y se está elaborando todavía.—¿Acudirá á la tradicion?—La tradicion se alimenta de recuerdos; y el mundo tiene hoy demasiado que hacer con lo presente para pensar con holgura en lo pasado.—¿Cantará las pasiones de ahora?... El fango no es poético.—¿Cantará los sucesos que vé, en los que acaso es tambien actor ó víctima?—El poeta ejerce un sacerdocio, el de la justicia.—Si sus cantos aciertan á ser el eco de la verdad, corre gran peligro de ser estrellado en el mástil de su lira... Qué cantará, repetimos, el poeta contemporáneo?—Se cantará á sí mismo, sus afectos individuales, sus sensaciones aisladas, sus ideas propias y especiales; es decir, no cantará los afectos, las sensaciones ni las ideas de la sociedad.—Su inspiracion no será mas que un coloquio misterioso entre su corazon y su lira, que nadie acaso mas que él puede comprender ni estimar.

Y cuando tal heterogeneidad, cuando tanto desacuerdo existe en el fondo de la poesia contemporánea, ¿cómo es posible que haya homogeneidad ni acuerdo en las formas? ¿Cómo ha de ser uniforme la expresion donde no lo es la idea? ¿Cómo ha de ser idéntico el lenguaje, donde la expresion es distinta?.. De aquí esa incertidumbre en el gusto, esa irregularidad en el estilo, esa anarquía en el manejo del idioma.—La gramática perece cuando perece la filosofía; y es absurdo pedir un lenguaje comun donde no se encuentra un orden de pensamientos universal.

Parece, pues, que en confirmacion de todo lo dicho debemos conformarnos con los que deduzcan de nuestras palabras que nuestro siglo no es poético.—Así se repite en efecto á cada instante; pero los que asientan una consecuencia tan desconsoladora, no advierten que cometen un absurdo: dicen una verdad incompleta, y por consiguiente un error—error, que los hechos por de pronto desmienten de una manera incontestable, puesto que no se encontrará quizás en la historia de la literatura una época mas fecunda en poetas; ni jamás las prensas han abortado tan pasmoso enjambre de tomos de poesías como en la actualidad.

No: todos los siglos son poéticos, porque todos los siglos están llenos de la humanidad; y la humanidad no puede dejar de ser poética, porque no puede dejar de ser la imagen y semejanza de su creador, que es la eterna fuente de la poesia.—La poesia se alimenta de sentimiento y de imaginacion, es decir, de lo que constituye al hombre moral, de lo que forma la prueba de su origen divino.—Suprimid la poesia, y suprimis la humanidad.

Pero desde ser un siglo poético á ser popular la poesia de este siglo hay una larga distancia que atravesar.—Lo primero ya hemos dicho que es un fenómeno necesario: lo segundo es un fenómeno eventual, subordinado á determinadas circunstancias, á determinadas condiciones, sin cuya asistencia es absolutamente irrealizable.—Lo primero es la obra constante, inevitable del hombre de la naturaleza: lo segundo es la obra transitoria, convencional del hombre de la sociedad.—Lo primero se verifica aun á despecho de una disconformidad absoluta entre la especie y el individuo: pero entonces no es mas que la interpretacion misteriosa de un oráculo desconocido:

—lo segundo no puede verificarse sin un completo acuerdo entre la especie y el individuo; y entonces es ya el eco de una voz universal.

Transportaos á aquellos tiempos clasificados en la cronología con el nombre de heróicos.—El elemento constitutivo de aquellas sociedades era la fuerza: su sola creencia la autoridad, que emana de la fuerza; y era tan predominante, tan exclusiva esta creencia, que si amaban, si respetaban la divinidad, era solo porque la creían mas fuerte que ellas.—La poesía de estos tiempos que cantaba himnos á la fuerza, que empapaba sus inspiraciones en la sangre de los combates; que no sabía pintar el cielo, sino como un campo de batalla; que insultaba al vencido; que llamaba santo al vencedor... Homero en fin, Osian, la poesía de los bardos debió ser y fué popular.

Llegad antes á los tiempos patriarcales.—También hallareis la fuerza como base de sus creencias, porque esta es una condicion necesaria de toda sociedad primitiva; pero no es la fuerza de Hércules, no es la lanza de Aquiles; es el brazo omnipotente de Jehová, es el rayo de Sinaí.—Esta sociedad no reconoce mas autoridad humana, que la senectud interpretando aquella omnipotencia, la inspiracion pronosticando los efectos de su cólera.—Esta sociedad cree en la revelacion, porque no reconociendo otro derecho que el que emana de la divinidad, necesita suponer una comunicacion directa entre la divinidad y el hombre.—La poesía de estos tiempos llena de la magestad de un solo Dios, explicando su poder, promulgando su voluntad, revelando sus arcanos, Moisés en fin, David, Jeremías, fueron, debieron ser eminentemente populares.

Roma convaleciente apenas de sus sangrientas luchas, heredera de sistemas filosóficos opuestos, subordinada al influjo de ideas inconciliables, arrastrada por el vaiven de afectos contradictorios, nutriendo ya en su seno el germen oculto de la revolucion mas transcendental y completa que han visto los siglos.—La Roma de Augusto en fin no reconocia ni podia reconocer por base de su existencia, por garantía de su conservacion ningun dogma universal, ninguna creencia fija, ningun sentimiento comun.—La poesía de esta sociedad ha debido ser y ha sido múltiple en sus formas, vaga en su esencia, demasiado poco espontánea, al mismo tiempo que elaborada y pulida con demasiado esquisitismo para que pudiera ser muy popular.—La poesía de esta sociedad no es la luz de un pensamiento, sino la sombra de un recuerdo.—Esta sociedad no tiene epopeya propia, sino prestada.—La Eneida es un gran poema; es la significacion brillante de una civilizacion adelantada, la obra de un ingenio peregrino; pero no es la expresion de una sociedad; pero no es la voz de un pueblo.—Menos lejos está de estas condiciones la Farsalia, aunque literariamente considerada sea bastante inferior á la Eneida; pero ni una ni otra en fin, á nuestro entender, debieron pasar mucho mas allá de los palacios cortesanos ó del aula de los retóricos.

Sigamos los pasos de la historia.—Lleguemos á esos segundos tiempos heróicos, que llamamos edad media.—La sociedad de estos tiempos se levantaba como renaciendo de las ruinas de otra que habia llenado el universo.—Tenia toda la inocencia de la virginidad, toda la rudeza de la infancia.—Era tambien una sociedad primitiva: venia á crear un orden de cosas enteramente nuevo; y no solo carecia de recuerdos, sino que anatematizaba los pocos que podian conservarse al través de una tradicion degenerada ó de un manuscrito incomprensible para ella.—El elemento de esta sociedad era tambien la fuerza; la autoridad, que reconocia, el valor; pero ya este valor y esta fuerza no dominaban absoluta é independientemente, sino que su aplicacion y su uso estaban sometidos á otra ley mas poderosa, sancionada por un poder nuevo, mas perfecto, mas fecundo que todos los poderes anteriores.—Esa ley era el honor.—Ese poder era el cristianismo.—El hombre puramente físico habia dejado de existir desde el momento que reconoció el testimonio de la conciencia, desde el momento que la palabra de redencion le enseñó á ajustar respectivamente sus actos á sus intenciones.—Conoció la justicia intrínseca, conoció la caridad, espiritualizó en fin su existencia; y queriendo dar

una fórmula á este nuevo modo de ser, inventó esa voz significativa, el honor, que encerraba la idea de todos sus nuevos deberes, de todas sus nuevas instituciones.—Por esa fórmula se explicaban sus creencias religiosas, sus creencias sociales, sus creencias políticas, las concepciones de su alma, los afectos de su corazon.—Pues, ahora bien: la poesía de estos tiempos con su lenguaje bárbaro, con su armonía ruda, que cantaba siempre el valor, que adoraba la fuerza, pero que sometia estos ídolos á la sancion constante del ídolo supremo, el honor—la poesía de estos tiempos no contenta ya con decir las cosas, sino con indagar su origen, buscando siempre y siempre hallando este origen en el Verbo divino, cantándole eternas alabanzas, encontrando siempre un sonido nuevo para tributarle una adoracion nueva.—la poesía de estos tiempos ascética, patriarcal, heróica, todo junto.—la poesía en fin de los romanceros, de los trovadores fué, debió ser, altamente popular.—¡Extraña paradoja! aun á despecho de los mismos poetas fué popular esta poesía.—Ved sino al Dante: oid lo que piensa al comenzar su poema, y al dirigir su primer apóstrofe á Virgilio:

Oh degli altri poeti onore e lume.
Vagliami 'l lungo studio, e 'l grande amore,
Che m' han fatto cercar lo tuo volume.
Tu se, lo mio maestro, e 'l mio autore:

¿No os parece al leer estos bellisimos versos que su autor se proponia seguir paso á paso la musa de Virgilio: que limitaba sus pretensiones á hacer una buena imitacion de la Eneida: que miraba tal vez como un éxito inapreciable someter su rica, espontánea y apasionada inspiracion á las tranquilas y prestadas concepciones del pulido poeta Mantuano?—¿No os parece que vais á ver contados en el idioma de Florencia los mismos naufragios, los mismos combates, la misma teogonia, que estudiamos en el poema latino?—Pues ya veis lo que sucedió.—El genio fué superior al arte.—El discípulo fué superior al maestro con toda la superioridad, que tienen las pasiones sobre los recuerdos, el cristianismo sobre la idolatría.—Dante sacude á pesar suyo el yugo que se impone, y en vez del remedo imperfecto, descolorido y estéril, que nos habria dado, siendo imitador, nos dá un panorama brillante, completo, fecundo de cuantas ideas, de cuantos sentimientos, de cuantos hechos llenaban con la vida de un gigante aquella Italia teológica, guerrera, turbulenta, viciosa, apasionada, magnífica, dominante.—La Divina commedia es en su género una epopeya tan completa de una época dada como lo son la Biblia y Homero de sus épocas respectivas.—La poesía del Dante fué, debió ser muy popular.

Pero viene el siglo XVI.—Aquí ya se discute, no se adora.—Los ídolos caen por tierra; y la razon se apodera de sus altares.—Los recuerdos comienzan á confundirse: las creencias á desnaturalizarse; se aumentan las exigencias, y luchan de nuevo elementos encontrados: y empieza otra vez el combate entre la fé y la duda, entre lo pasado y lo presente, entre la cabeza y el corazon.—Esta sociedad no podia ya tener epopeya: la poesía de esta sociedad debió ser, como la del siglo de Augusto y por razones muy análogas, una poesía de imitacion, demasiado refinada, demasiado culta, demasiado erudita para que pudiera ser muy popular.

A los vencedores de Pavía, de Lepanto y San Quintín se les cantaban églogas.—En el siglo de la Inquisicion no sabian hablar los poetas mas que de Juno, Anfitrite y demas compañeros...—¿Cómo habia de ser popular esta poesía?—Imposible.

Pero hemos dicho que esta sociedad no podia tener epopeya... Mentimos;—la tuvo, y la tuvo colosal, eterna.—Vivirá cuanto viva el nombre de Cervantes.—Acaso el cariño nos haga preocupados: acaso el respeto nos haga fanáticos al desentrañar la moralidad del Quijote, atribuyéndole miras, que no tuvo, y quizás pensamientos, que no contiene; pero sea de esto lo que quiera, nosotros obedecemos á nuestra conciencia, cuando creemos hallar en aquel libro coloso la estirpacion de todos los errores que era preciso entonces combatir; la fórmula seductora de todas las verdades, que era preciso proclamar.—Era preciso enfrenar una nobleza poderosa por el

prestigio de su antigüedad, y peligrosa por lo antojadizo de sus ambiciones.—Era preciso señalar su límite á las pretensiones exageradas de la teocracia, cuyo predominio necesario y benéfico en el transcurso de la edad media, comenzaba ya en tiempo de Cervantes á ser una resistencia perniciosa al espíritu progresivo de la filosofía.—Era preciso tambien castigar en cierto modo los malos hábitos que las clases inferiores habian adquirido en las luchas parciales empeñadas entre sus respectivos patronos, y para cuyo sostenimiento se veian estos en la necesidad de hacer casi partícipes á sus clientes y vasallos de su riqueza y su poder.

Pues, bien: ved al Quijote combatiendo á la vieja aristocracia en el mero hecho de suponer virtudes en las clases inferiores.—Vedlo combatiendo al feudalismo al ridiculizar con admiracion del mundo las estravagancias de aquella *caballería andante*, cuya noble mision habia pasado, y cuyo espíritu debia ya ejercer una influencia no solo inútil, sino disolvente en unos tiempos, que á la bárbara é incompleta proteccion de la fuerza individual comenzaban á sustituir la santa proteccion de las leyes.—Vedlo protestando contra el dogmatismo de la filosofía escolástica tan incompatible ya con su época como la teocracia, que la habia producido.—Vedlo oponiendo la independencia del genio á la autoridad del preceptismo, y burlándose á banderas desplegadas de toda clase de resistencias, emanciparse como librato del yugo de las formas clásicas, emanciparse como filósofo del rigorismo de los ergotistas, ofreciendo una creacion enteramente original en sus formas, enteramente novadora en su fondo.—Vedlo en fin señalando sus deberes á las clases del pueblo, explicándoles su propia existencia, trazándoles el círculo en que debian limitar sus pretensiones, marcándoles el puesto que debian ocupar entre las categorías sociales.

Quiere la aristocracia derribar gigantes?—Se encuentra con molinos de viento, cuyas aspas rompen su lanza en pedazos.—Quiere la teocracia revestirse de su misterioso aparato para arrancar impunemente los muertos de sus tumbas?—Se encuentra á la justicia ejercida por la fuerza, que la ataja en su camino, y la obliga á rendirse amedrentada.—Quiere la democracia escalar un poder inaccesible para ella?—Pues el cetro de ese poder se rompe entre sus manos, y al sentirse colocada fuera de su centro, anhela recobrar la perdida paz de sus hogares.

La aristocracia del Quijote es ridícula.—La teocracia es tiránica.—La democracia tiene buenos instintos, pero mala educacion.—Hé aquí por qué el Quijote es la epopeya de su tiempo.—Hé aquí por qué fué tan eminente, tan prodigiosamente popular.

Otra poesía comenzaba á nacer, ó mejor dicho, comenzaba á consolidarse en tiempo del Quijote, que alcanzó una popularidad no solo española sino europea; y fué la poesía dramática.—Pero no hablaremos ahora de ella, porque nos reservamos hacerlo en algunos artículos sucesivos, en que nos proponemos echar una ojeada sobre los principales géneros de nuestra actual literatura contemporánea.—Lleno, pues, el siglo XVII de la poesía dramática, está, como hemos anunciado, fuera de nuestro propósito presente.

Llegamos al siglo XVIII, ese monstruo gigantesco de filosofismo y de incredulidad, que dejó, al espirar en brazos de la *Convencion*, el funesto legado de cimientos destruidos, que pugna por reconstruir el presente siglo, medio ahogado entre el polvo de las ruinas.—El siglo XVIII!... Terrible emplazamiento de la monarquía ante los verdugos, de la religion ante las bacanales!—Espantoso conjunto de crímenes y de delirios, de abnegacion y de baja, de heroísmo y de perfidia!... Oh! si el filósofo de Fernex hubiera levantado por un momento del sepulcro la cabeza encanecida, al contemplar sus hechuras, se hubiera vuelto á encerrar en su tumba huyendo avergonzado de Robespierre y Marat... Y sin embargo... Robespierre y Marat son la verdadera epopeya del siglo XVIII!... No puede negarse que fué eminentemente popular.—Por eso fué eminentemente exclusiva.—El pueblo de entonces no oyó ni podia oír otras melodias mas que los anatemas de Mirabeau y el golpe de la cuchilla.

La poesía, pues, era sofocada en la Francia de

siglo XVIII por exceso de vida en aquella sociedad que la rechazaba.—En la España de la misma época, en la España de Carlos III y Carlos IV, había perecido todo lo antiguo, y aun no tenía lugar para aparecer lo nuevo—asi el estado de esta sociedad era una verdadera expectativa: asi la poesía de esta sociedad, ó se explica por una negación, ó tiene que aparecer en la historia literaria como pura imitación de otra poesía, que tambien fué á su vez puramente imitativa; sin mas pretensiones que ocupar los ratos ociosos de un humanista erudito, y sin mas tendencias que obedecer casi ciegamente al criticismo secante importado á nuestro suelo por el pedagogismo de los clásicos franceses.—Ni Iriarte, ni Moratin, ni despues Melendez y sus escasos contemporáneos, á pesar de su gusto depurado, de su erudicion clásica, y de su elocucion correcta—ó por mejor decir, y aunque parezca una heregia á los clásicos el decirlo—á causa de aquellas mismas dotes que los distinguen, ni fueron, ni debieron, ni pudieron ser populares.—Decian cosas, que no importaban al pueblo; y se las decian en un lenguaje, que el pueblo no podia entender.

A la muerte de estos hombres acababa para España el estado de expectativa, y comenzaba el de transicion.—Los soldados de la Francia huyeron vencidos de nuestras fronteras; pero nos dejaron sus pensamientos.—La España, que se habia erigido en democracia para salvar la monarquía, se aficionó á los medios mas que al fin.—Se empeñó en la lucha, que ha destruido nuestro pasado sin conseguir fijar nuestro presente.—Lucha necesaria, indudablemente justa; pero lenta, penosa, fatal á los que vivimos.

Esperemos el porvenir.—Acabará esta vacilacion que nos impone la irregularidad de nuestra vida presente; y renacerá la fé.—Saldremos de este círculo de remedos, en que se ha encerrado nuestro espíritu; y renacerá la nacionalidad.—Entonces el poeta seguro de sí mismo y amante de lo que le rodea recibirá sus inspiraciones de una sociedad, que ya podrá comprenderlo.—Como el amianto de las llamas, saldrá la virgen poesia purificada en el martirio, iluminada por la triple antorcha de la razon, el sentimiento y la fantasia.—Nuestro pueblo español tornará á llevarla de victoria en victoria, sin que tema verla sumida otra vez en los profundos abismos de la duda, ó condenada á alejarse proscrita por el bárbaro clamor de las facciones.—

GAVINO TEJADO.

UNA SEMANA SANTA EN TOLEDO.

Negra, ruinosa, sola y olvidada
hundidos ya los pies entre la arena
allí yace Toledo abandonada
azotada del viento y del torbellino.
Mal envuelta en el manto de sus reyes
aun asoma su frente carcomida;
esclava, sin soldados y sin leyes,
duerme indolente al pie de su blasón.

JOSE ZORRILLA.

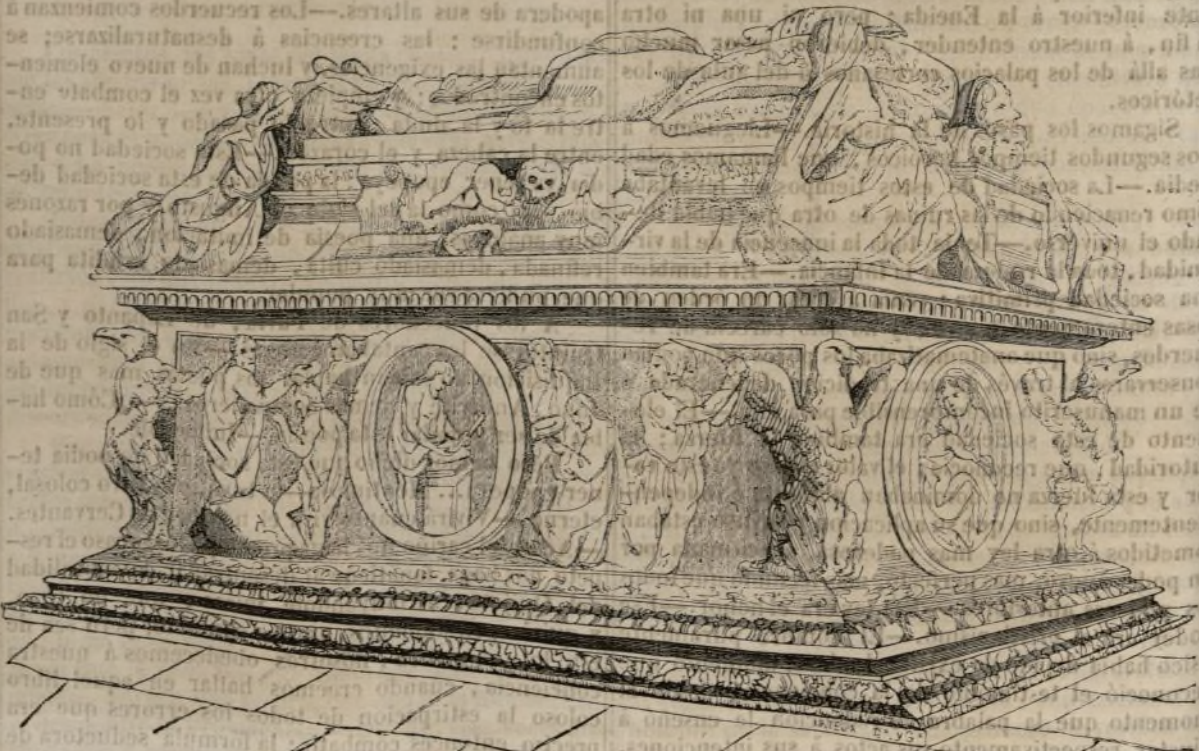
Sale de la corte el viajero, y sin andadas diez leguas de camino, por una senda con mas dificultades que milagro, cuando entre montañas altas y vistosos riscos, alza su gigante mole la rica Toledo, la imperial ciudad. Dominada por el sol desde el Oriente al ocaso, brillan los remates de las ricas torres, de los calados edificios, y rechazados los rayos del planeta por los lucientes minaretes, dan en rostro al curioso viajero, y le muestran la cabeza del antiguo imperio. Colocada en el riñon de España, se encuentra á esta distancia en tal disposicion, que la naturaleza es el niño que para enseñar un precioso objeto lo va descubriendo poco á poco. Asi Toledo, se muestra diferentes veces en el curso de estas dos leguas, á medida que se rasga el velo impenetrable de las arenosas cimas de los inmensos montes que con sus riscos y pizarras, con sus cigarales, huertos y jardines, al paso que sirven de guirnalda á la ciudad, que circunda el bajo cual plateada cinta, la hacen mas grande, la prestan interés mayor y mayor severidad. Llegase al fin á besar el pie de una elevada montaña, dividida en siete lomas, vestidas las cuales por casas, cercas y murallas, presentan por donde quiera que se mire el cuadro porten-



Claustro del hospital de afuera.



Vista de Toledo.



Sepulcro del Cardenal Tavera.

toso en que se refleja, lo grande, lo noble, lo docto de nuestros siglos pasados; la ruina, la destrucción, la muerte de nuestro siglo presente. Cada piedra es una historia; cada monumento derruido, un libro inagotable de ciencia y de estudio. Cada calle un conjunto de hazañas y un padron del heroísmo; cada templo un riquísimo museo, eterno albergue de las ciencias y las artes; cada capilla un panteon de reyes y prelados, de caballeros insignes y eminentes. Todo es grande en la metrópoli de España; y si el origen de tanta grandeza se pierde en la inmensidad de los siglos, todavía recuerda con orgullo haber sido la régia morada del rey Bamba; todavía asoman en sus poderosos edificios vestigios de aquella opulenta corte de los reyes moros, por tan dilatados años; aun viven las ruinas de los templos demolidos del bárbaro Agareno; aun se la mira cobrada por armas del Sesto don Alonso, y se la ve imperial por el Alfonso VIII, y grande y magestuosa, entre todas las grandezas y magestades de la tierra.

No es hoy día ciertamente la época mas á propósito para visitar á Toledo durante la Semana Santa. Pasaron aquellos días acaso para mas no volver; en que la iglesia rindiendo culto á la pasión y muerte del Redentor, presentaba los misterios de la religion con desusada pompa. Distinguíase entonces entre todos los templos y catedrales de España, la primada de Toledo, y era tal la afluencia de gentes forasteras que acudían á presenciar la celebracion de tan sagradas ceremonias, que de ellas estaban tan apinadas las calles como las casas de la población. A pesar de esto, y aunque las solemnidades y procesiones de estos días, han perdido la mayor parte de lo que eran, no es perdida en Toledo la Semana Santa, porque apenas puede reparar con la vista el curioso viajero cuanto digno de verse se encuentra en la ciudad.

Es por supuesto la catedral, exterior é interiormente la primera y mas digna de visita, inmenso edificio que nació humilde en los tiempos de Recaredo, para alzarse gigante en los días de San Fernando y del arzobispo de Toledo don Rodrigo de Rada. 266 años emplearon en su construcción los hombres, las cien-

cillez y severidad que se admira en su construcción. El material es de mala lera pintada imitando á mármo'es, y toda la obra está trazada y dirigida por el arquitecto don Ignacio Nesan. Se encuentra armado, por medio

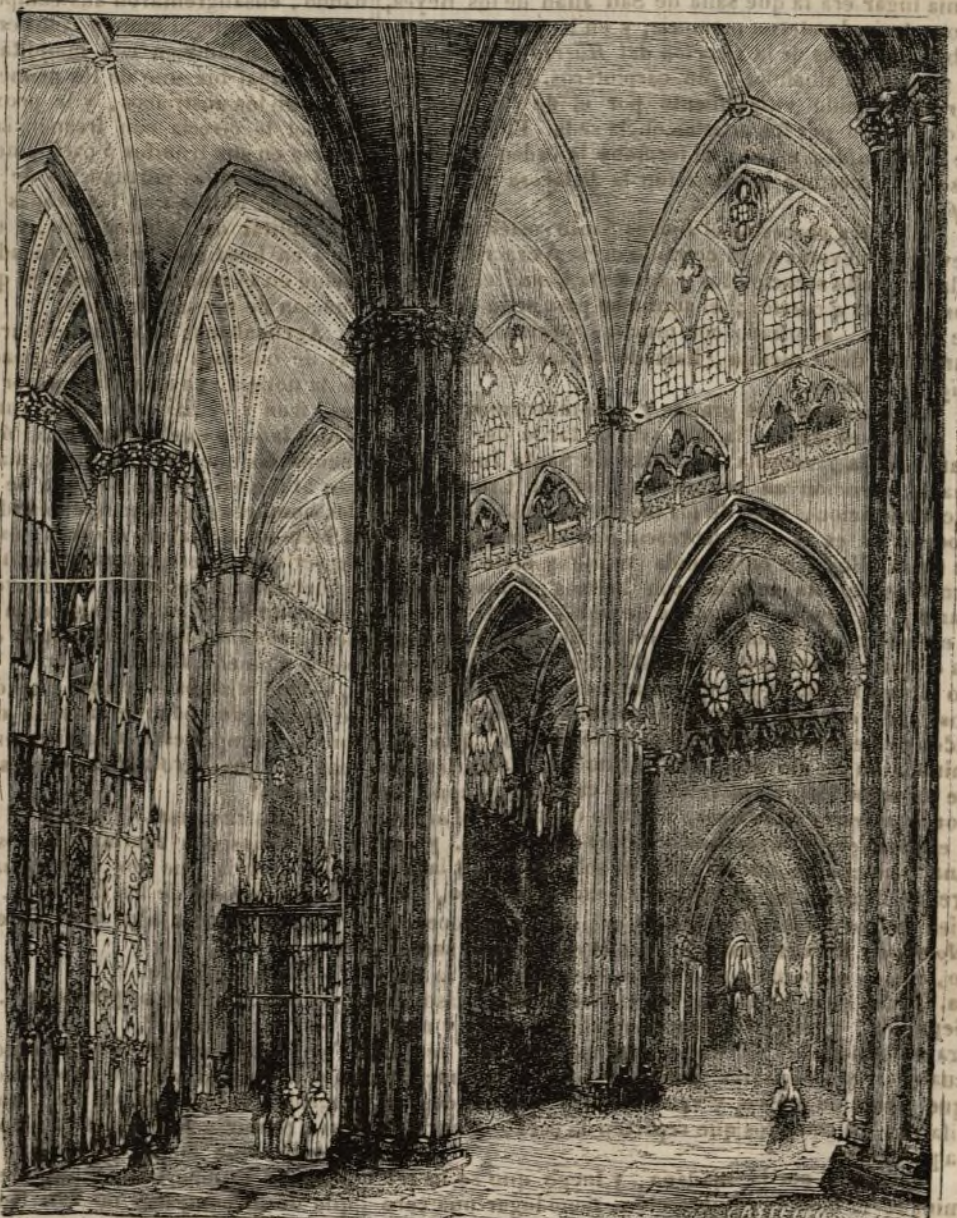


Juderia.

de innumerables tornillos, debajo de las dos últimas bóvedas de la nave mayor; y presenta una sola facha da, que al paso que estasia al espectador, lo edifica y abstrae de todos los objetos terrenales. Inmensas gra-



Portada de la Inclusa.



Interior de la Catedral.

cias y las artes; 266 años en que se agotó el ingenio de los primeros; 266 años en que rayó la excelencia de las segundas donde ¡desgracia suma! no tornarán á rayar. Llama en esta época la atención pública el monumento, ya por la riqueza que en él se encierra, ya por su sen-

este monumento verdaderamente insigne, del que forma su mas rico y grandioso ornamento el pabellon de seda encarnada y oro que tiene 942 varas, y la preciosísima colgadura de terciopelo carmesí, de oro, que contiene 2, 00 varas y 600 onzas de oro en el galon y fleco que la adornan. Para iluminar la parte situada en las bóvedas, se encuentra colocada una gran cruz de bronce dorado, de mas de cinco varas de altura. Esta cruz está suspendida por una maroma de seda fija en la bóveda. Ilumínala 222 luces que consumen 8 arrobas de aceite, y es tan singular el efecto que produce de noche que parece estar la cruz en el aire por no advertirse nada la maroma de que está pendiente.

Apenas basta la Semana Santa para repasar ligeramente cuanto de bello y magnífico se encierra en la catedral primada; pero mas que de esto, cuidanse las gentes de asistir á las tinieblas, á los Sagrados Oficios del Jueves y Viernes Santo, celebrados de pontifical con tal esplendor y brillo, que el ilustre prelado de la iglesia Toledana si presenta cercado de catorce dignidades cubiertas con sus mitras, vistiendo ricos y especiales ternos, así como el gran número de asistentes que acompañan dichos oficios. Cuidanse las gentes de no perder la solemne, pública y magestuosa bendición de los Santos Oleos, ceremonia que tiene lugar en la mañana del Jueves Santo conforme al ritual romano. Procuran coger sitio preferente desde donde puedan presenciar la humilde, pero sublime ceremonia en que el arzobispo laba y besa el pie desnudo de varios pobres, que con sus blancas túnicas, forman un cuadro digno de ser admirado. Recorren los diversos y magníficos templos en que hay monumentos que escitan la curiosidad, y en que de seguro han de encontrar mucho de nuevo, de rico y admirable.

Lo que llama extraordinariamente la atención, son las procesiones que salen por las calles en esos días, vano remedo de los autos que en tiempos lejanos se representaban en las calles. La propiedad y finura con que están figuradas estas escenas, en magníficos grupos de escultura al natural, dan una idea completa de la pasión y muerte del Redentor.

Hubo un tiempo, en que la primera procesion que tenia lugar era la que salía de San Juan de los Reyes, monasterio de eterna memoria, y en la que se presentaban los pasos de la *Oracion del Huerto* que costaba el gremio de albañiles y de carpinteros. El del *Improprio* conocido vulgarmente por el de la *bofetada*, acompañado por los artistas de la seda. El del Cristo de la *Humildad* en el que formaba la orden de Franciscos; y cerraba la procesion la *Dolorosa* y un *Crucifijo*.

Salen otra procesion el Jueves Santo costea-la por los devotos y devotas de la cofradía de la Veracruz, y en ella llaman la atención los pasos de la *Cena*, el de *Jesus con la cruz á cuestas*; el suntuoso paso de la elevacion de la Cruz, adornado con muchas y preciosas esculturas; el del Crucifijo, llamado de las *Aguas*, y un *Lignum Crucis*.

La procesion mas grande y que mayormente excita la curiosidad, es la que sale la tarde del Viernes Santo de la parroquia Muzárabe de Santa Justa. Llama la atención en primer término un Crucifijo, y á continuacion, uno de los mejores pasos que se conocen, tal es el que representa el *descendimiento de la Cruz*. Forman en seguida veinte y siete hombres armados de cota de mallá con llelmos, petos y espaldares, un gracioso tonelete de seda, espada al cinto, y empuñando enormes alabardas. El arte de la seda, es el que conserva esta costumbre tradicional, habiendo desaparecido la que duró hasta estos últimos tiempos, de vestir de máscara el gremio de sastres, vestidos de negro con un corpiño de lo mismo, que terminaba en un elevado gorro piramidal. Entre las filas de los armados, atrás referidos, camina el conocido por el *maestro de campos*, armado de rigor, el *alferez* y el *abanderado* arrastrando aquel una lanza, y este una bandera en que se pinta el sol, la luna y las estrellas. Sigue luego á estos tres un muchacho, también con armadura completa y á quien se conoce por *Morrillel*. Recorre estas hileras el que llaman sargento, con su alabarda punta abajo, y sin tocar á la tierra. Todos estos armados van custodiando el paso del Sepulcro, y cierran la procesion el estandarte y nuestra señora de la Soledad: anunciándose de vez en cuando, con lugubres sonidos y por los trompeteros que visten de negro, y van cubiertos con sendos antifaces; así como los que reparten la cera, el curso de la procesion.

El sábado por la mañana, y luego que se ha terminado la misa de resurreccion, tiene lugar una ceremonia, curiosa también, que es la de la bendición del cirio Pascual. A este fin sale de la sacristía el maestro de ceremonias, y detrás los acólitos que conducen el cirio en procesion llevando dos corderillos vivos

y uno de cera, iluminado por muchas luces. Luego que el cirio ha sido bendecido, introdúcense los acólitos en el coro y recorriendo los asientos de los canónigos, á cada uno le van ofreciendo los corderillos, y al dar estos muestras de un topetazo, contestan los canónigos, *para vosotros*.

Naturalmente el viajero recorre en estos escasos días y observa todas las bellezas y preciosidades que se encuentran en la catedral de Toledo, y en sus diversas iglesias. ¿Quién saldrá de la ciudad sin haberse quedado atónito al mirar el manto de perlas de la virgen, su brillantísimo delantal, su corona y pulseiras sin precio? ¿Quién dejará por repasar el famoso ochavo en que yace tanta reliquia, y en que los mas ricos metales y piedras preciosas son tan abundantes? ¿Quién no admirará, tantos acuerdos de grandeza, tantas glorias como allí se encuentran apiñadas? El convento de San Juan de los Reyes, el alcázar, la famosa Judería, el grandioso hospital de afuera, el de expósitos, la casa de locos; todos estos y muchos mas son otros tantos monumentos, que si la incuria de los tiempos pudiera presentarlos como carga vil, que pesa sobre la tierra, reclaman una mirada, sino el estudio de cuantos hombres y generaciones van pasando por ellos.

JUAN PEREZ CALVO.

NOVELA.

Á UN PÍCARO OTRO MAYOR.

VI.

Dos años habian trascurrido desde los últimos acontecimientos que acabamos de referir, y aun continuaba en España y en una gran parte de Europa la funesta guerra que el archiduque Carlos sostenia contra los derechos que eleváran á D. Felipe V al trono de Castilla. Naciones enteras, declarándose ya por uno ya por otro bando, ensangrentaron sus campos en reñidos combates, admirando al mundo con heroicas proezas y horrorizándolo también con inauditas crueldades. El rey de Portugal fué uno de los primeros que abrazaron la causa de los austriacos, y la proximidad del territorio español le ofrecia con frecuencia ocasiones para engreírse en sus triunfos ó para lamentar sus desastres.

Acababan los portugueses de ser derrotados en un encuentro tenido con las tropas del marqués de Bary, jefe militar de Extremadura, y esta nueva corria de boca en boca por toda la ciudad de Lisboa, precisamente en el momento mismo en que empieza la continuacion de nuestra historia.

Agrupábanse en distintos parajes de la ciudad turbas de curiosos que, ya indignados con la narracion de la noticia, ya impacientes por saber sus pormenores, iban y venían en confuso rumor repitiendo en uno y otro lado lo que escuchaban, ó presagiando las consecuencias que cada cual á su manera deducia. Cruzaban al mismo tiempo por una de las principales calles dos hombres regularmente vestidos, y en cuyos trajes, si bien no brillaban el oro y los diamantes, echábase de ver que no era escasa su fortuna. De vez en cuando se detenían á escuchar las conversaciones que en los grupos se agitaban, y en seguida, volviendo á emprender su camino, iban comentando entre sí lo que oyeran pocos momentos antes.

—Qué diablos! exclamó uno de los dos. Esta gente se asusta de todo: en materia de guerras ya se sabe que no siempre está la balanza en el mismo lado. Además, por una derrota mas ó menos ¿ha de perderse nuestra causa?

—Nuestra causa!... repuso el compañero asomando á sus labios una sonrisa maliciosa. Cualquiera que te oyese creería que nos importaba mucho el triunfo de los austriacos ó de los Borbones.

—Nos importa algo mas de lo que tú puedes figurarte.

—No lo entiendo.

—Debias al menos presumirlo.

—Por qué razón?

—Te lo explicaré. Sin embargo de que no pertenecemos al infinito número de españoles que se hallan refugiados en Lisboa por su desafección al rey Felipe para reunir gente con el ánimo de hacerle la guerra, ya sabes que hemos tenido que fingir ambas cosas so pena de exponernos á contratiempos muy fatales, y que de lo contrario no estaríamos gozando pacíficamente los frutos de nuestra antigua hazaña. La astucia y el talento de Mauricio le han colocado en la buena posicion que hoy ocupa. Envuelta en el silencio su verdadera procedencia, nadie ve en él sino un noble pros-

cripto, un celoso partidario del Archiduque, que con la actividad mas fecunda conspira en su favor, socorre á sus amigos políticos, y puesto en contacto con los conjurados de España, trama á la par de ellos vastas conspiraciones para asegurar la victoria de su partido. Mauricio comprende muy bien que sus antecedentes exigen mentidas apariencias para el día en que pudiesen salir á luz, que él por su parte necesita amigos que le protejan, y que nunca como ahora suelen estos encontrarse abrazando una opinion política cualquiera. Si la suya fuese la de los Borbones no podría confiar en la impunidad de sus hechos, y hé aquí la causa de haber seguido la de los austriacos. ¿Quién, dime, al verle poderoso, cercado de amigos y gozando de una reputacion sin tacha, se atrevería á acusarle en Lisboa? Y seríamos nosotros los que separándonos de la misma senda que él se ha trazado cayésemos en un abismo de males? No. Puestos ya en semejantes circunstancias no tenemos por qué retroceder. Mauricio nos da constantemente el ejemplo. La ambicion ha sido el tormento de su vida, y para realizar este deseo todo lo ha arrojado, y aun todo lo ha visto con desden, si en ello no estribaba su fortuna. Por eso se explica fácilmente la conducta que observa con la condesa, la indiferencia con que la mira y el temor que ha sabido inspirarle; por eso, sin abusar de su poder, la deja tranquila, aunque presa en su palacio; por eso en fin hasta la ha respetado. Ya ves que todo lo conozco, ya ves también la situacion del hombre con quien vivimos, y por consiguiente no dudarás ahora de que no podemos mirar con desprecio cosas que á primera vista no tenemos en nada.

—Es verdad, contestó el otro personaje. A tales razones no seré yo quien me oponga; pero á fé de Jaime que en cuanto acabas de decir se descubre un afecto hácia Mauricio que apenas comprendo.

—Y por qué no?

—Quisiera saber antes si te hallas contento con ser su lacayo.

—Su lacayo!

—Corta es la diferencia. Un ayuda de cámara...

—Sin embargo, me distingue con su confianza, me da todo lo que necesito, y...

—Todo? preguntó Jaime con ironía.

—A lo menos cuanto pudiera yo apetecer.

—Entonces, tienes razon, debes querer mucho á tu amo.

—Mi amo?

—Parece que no te gusta la palabra.

—Trabajo me cuesta llamarle así, y por cierto que ya anoche me advirtió que me olvidaba de darle el título de conde. Eso sí, yo tengo mis quejas... pero insignificantes, porque al fin no estoy en el caso que tú, su antiguo camarada, su amigo.

—Y si me tratase peor que al último de sus criados?

—Sería tan ingrato...

—Si, Felipe. Olvidando los servicios que le he hecho, sin reflexionar que mi brazo le ha puesto en el lugar que ocupa, falta vilmente á todas sus promesas. Á todos nuestros pactos. Tu suerte será la mía, me dijo en otro tiempo, y sin embargo él se titula conde y á mí, sin duda por compasion, me llama su mayordomo; él disfruta de todos los placeres, tiene el oro amontonado en sus arcas, y á mí me señala un salario mezquino y vergonzoso.... Oh! Hace muy bien en tratarnos así. Puesto que nos encontró dóciles instrumentos de su perfidia, puesto que cobardes y asustadizos no sabemos sino doblar servilmente la rodilla ante su orgullo, suframos á fuer de necios servidores y adulemos la vanidad de nuestro amo.

—Es esa tu resolucion? preguntó Felipe queriendo penetrar las intenciones de Jaime.

—Lo es también la tuya? repuso éste mirándole de hito en hito.

Felipe se quedó pensativo un breve rato.

—Quién sabe, contestó al fin... y si llegásemos á entendernos de una manera positiva...

—Por ejemplo...

—Tienes alguna proposicion que hacerme? Para mí las personas importan poco, y aquella que mas ventajas me reporte...

—Bien, al caso, repuso Jaime tomando cierto aire misterioso. Voy á franquearme contigo sin ocultarte nada; pero en cambio júrame que sea cual sea tu decision guardarás el mas profundo silencio y á nadie revelarás esta confianza.

—Te lo juro, contestó Felipe con acento solemne.

—Pues escucha. Desde la misma noche en que el conde pereció á mis manos, abrigo en mi alma un aborrecimiento hácia Mauricio que no se extinguirá mientras el uno de los dos exista. Burlado por su astucia y sin la prueba que en vano pretendi arrancarle para mi futura seguridad, he meditado largo tiempo el modo, no de participar de su posicion, sino de ocuparla yo mismo.

—Tú? exclamó Felipe sonriendo.

—Dos cartas, prosiguió Jaime sin detenerse, han sido el único recurso con que Mauricio dictó su inflexible voluntad á la condesa y la sujetó á su albedrío; en esas cartas aparece ella la sola cómplice en la muerte del conde, porque su contenido revela unos culpables amoríos y un proyecto cuando menos de fuga, si los sucesos posteriores no hiciesen sospechar que de venganza. Con estos medios, repito, Mauricio ha llevado á cabo su deseo; con estos medios existe victorioso, y sin ellos nada fuera, ni la condesa sufriría su detestable yugo. Pues bien, Felipe, las cartas ya no están en su poder.

—Se las has quitado!...

—Acechando sus menores descuidos, intentando cuanto la malicia y la voluntad podían inspirarme, he conseguido mi objeto, y esas tan poderosas armas las tengo yo ahora.

—Para dictar leyes á Mauricio?

—No, para vengar mi ofensa.

—Cómo!

—Presentándome á la condesa con esos papeles, manifestando que yo solo soy el que esta vez puede perderla y obligándola con promesas, que no he de cumplir, á que se acoja á mi protección.

—Tendrá miedo á Mauricio.

—Mi puñal desvanecerá de antemano este inconveniente.

—Y cuánto me ofreces por ayudarte en tu proyecto?

—Todas las alhajas que pertenecieron á la condesa en otro tiempo.

—Dispon de mí como de un esclavo.

—Ya lo esperaba.

—Falta no retardar el golpe.

—Hoy mismo si se presentase la ocasión, y si pudiese sorprenderle sin testigos...

—Calla, dijo Felipe, entrando con su camarada en el ancho portal de una casa de elegante aspecto. Pueden oírnos los criados y esto sería peor que todo. Después continuaremos la conversacion.

VII.

Un coche paró á la puerta de la casa: varios criados que allí había, quitáronse sus sombreros y saludaron respetuosamente al personaje que acababa de apearse, y que como tal vez adivinara el lector, era Mauricio. Vestido con lujo y elegancia, dando á sus modales todo el buen tono y soltura de un hombre acostumbrado al brillo y la opulencia, cruzó Mauricio por entre sus criados que se apresuraban á abrirle paso, y que no dejaron de notar la profunda agitacion que su señor traía retratada en el semblante, y que desde aquella mañana en vano procuraba disimular. Tendiendo sus miradas á uno y otro lado, parecía que buscaba á alguno, y en efecto, al subir la escalera fijó su vista en Jaime y en Felipe que le habían salido al encuentro para recibir sus órdenes, y que también echaron de ver la conmocion de su amo.

Jaime no pudo resistir la torba mirada que Mauricio le dirigiera, y bajó á su pesar los ojos.

—Señor conde... exclamó Felipe inclinándose respetuosamente.

—Tengo que hablarte, le dijo Mauricio; en mi cuarto te espero.

Y en seguida se internó por las habitaciones de la casa.

Jaime permaneció un breve rato pensativo, sospechando el origen de la agitacion que en Mauricio advertiera, y comprendió perfectamente que el momento decisivo estaba muy cercano.

—¿En qué piensas? le preguntó Felipe.

—En nada, contestó Jaime afectando la mayor indiferencia. ¿No te dijo que fueras á su cuarto?

—Tienes razon, lo había olvidado.

—Sabré despues el objeto de esta entrevista?

—Quién lo duda? repuso Felipe dirigiéndose á la habitacion de su amo.

—¿Quien lo duda? repitió Jaime cuando estuvo solo. He aprendido por experiencia á no fiarme de nadie, y tengo mas de una razon para desconfiar de ti. ¿Pienzas acaso que he de esperar necio y tranquilo á que tú me cuentes lo que el señor conde va á decirte? No; porque la misma verdad no la creería viniendo de tus labios, y es preciso que por mí mismo sepa lo que estoy sospechando en este instante.

Al decir esto último, miró si alguno le observaba, y convencido de que no podían sorprenderle, dirigióse hácia un estrecho corredor, y entró por él á otro en cuyo frente había una puertecita pequeña: abriéndola silenciosamente, penetró en un gabinete oscuro y desamueblado, y ocultándose de puntillas detrás de varios tapices que allí había, asomóse con cautela por entre ellos dando vista á la habitacion de Mauricio, con la cual lindaban. Felipe estaba en pie delante de su amo.

Jaime volvió á ocultarse y aplicó el oído con la aten-

cion profunda del que no quiere perder la mas insignificante palabra.

Mauricio estaba reclinado sobre un sofá, y al ver á Felipe, le recibió afectando una amabilidad desconocida hasta entonces.

—Siéntate, le dijo, yo te lo permito.

Felipe obedeció sin contestarle.

—Quiero saber de ti una cosa y espero me hables con toda la franqueza de tu alma.

—Os lo prometo.

—Tienes alguna queja de tu amo?

—Señor!... respondió el ayuda de cámara con aire de humildad y respeto.

—Te he prevenido que me hables con toda franqueza.

—Quejarme de vos sería una ingratitud villana.

—Es verdad, Felipe. Cuando en época muy distinta

—Os lo aseguro.

—Serías un infame si me engañases, y es preciso creerte: pero esto no destruye mi sospecha, porque tengo muy patente la prueba de su traicion, porque me han robado una joya inestimable, y él solo ha de haber sido, sí, para combatirme, para perderme; pero no lo hará, yo se lo juro. Felipe, en cambio de mis beneficios, exijo el último esfuerzo de tu amistad.

—Ya os escucho.

—Quisiera hablar á solas con Jaime un breve rato y en su mismo aposento. Allí... apuraremos un par de botellas, es su aficion favorita, y si á consecuencia de beber demasiado... pudiera creerse que había muerto de un repentino ataque de sangre...

—Os comprendo, indicadme lo demás.

—Toma, repuso Mauricio, entregando á Felipe un papelito en que iban envueltos ciertos polvos extremadamente blancos.—En ese armario hallarás dos botellas, vierte en la mas pequeña lo que ese papel contiene, y cuando yo te pida de beber, sirvenos con entrambas, cuidando de poner á mi lado la mas grande.

—Estáis servido, replicó Felipe, despues de hacer lo que Mauricio le mandara.

—Por el pronto, le dijo éste dándole una palmadita en el hombro, ya eres mi mayordomo; y si esta noche quieres partir á Inglaterra...

—Con toda mi alma.

—Bien: Dí ahora á Jaime que dentro de algunos instantes irá á su cuarto, donde tengo que comunicarle asuntos del mayor interés. En el entretanto, confío en tu discrecion.

—Podeis hacerlo, contestó Felipe, saludando á su amo y yéndose del gabinete.

Triunfó exclamó Mauricio viéndose solo. Hoy mismo me libraré de entrambos. Jaime dejará de existir y Felipe partirá para nunca volver. Ese personaje que vá á Londres, comisionado por los insurrectos de Cataluña y á quien en cuanto se presente debo facilitar los fondos que necesite, no podrá negarse á mi proyecto cuando le haga creer que Felipe es un espía de los Borbones: estoy seguro le dejará abandonado en una playa remota y entonces... Oh!... entonces respiraré con libertad. No mas cómplices, no mas gentes que acechen mis acciones y que con su presencia me recuerden lo que fui; culpables ó inocentes perezcan á mi orgullo y si la condesa está confabulada con Jaime, si esas cartas las tiene ella misma... Vamos á verla: yo lo averiguaré.

Mauricio salió de su cuarto.

A pocos momentos, Jaime volvió á asomarse por los tapices, y no viendo á nadie logró con mil trabajos penetrar en la estancia. Todo lo había escuchado.

Por otra parte, Felipe iba discurriendo entre sí, dirigiéndose á la habitacion de Jaime, los complicados incidentes que le rodeaban.

—Difícil es resolverse en este caso, decía. Los dos me ofrecen ventajas y por mí fé que no acierto con las mas positivas, porque las alhajas de la condesa bien pueden compararse con la productiva mayordomía de un conde y con la cuarta parte de una cantidad inmensa segun yo mismo he oído... ¿Qué haré? ¿Qué me trae menos riesgo y mas fortuna? Pero he dado á Jaime mi palabra.—También la tiene Mauricio... Pues señor, la casualidad decida. Si Jaime cae en el lazo, el conde será mi amigo; si Mauricio es menos afortunado, yo seré el cómplice de Jaime.

Al mismo tiempo asomaba éste por el corredor.

—¿Y bien? le preguntó á Felipe.

—Nada, que quiere enviarme á viajar.

—¿Te habló de mí?

—No; solo me dijo que le aguardases en tu cuarto, porque tenía que hablar contigo á solas y echar un trago en sana paz.

—Querrá transaccion.

—Si yo fuera Jaime, sobre no admitirla no brindaría siquiera por su salud.

—Eso es distinto. El vino no riñe con nadie.

Felipe se quedó mirándolo con rostro compasivo.

—Hasta luego, le dijo apretándole afectuosamente la mano.

—Escucha, repuso Jaime deteniéndole. No sería extraño que esta entrevista me proporcionase la ocasión que deseo. Procura acudir á la menor señal.

—Descuida.

—Adios.

—Le compadezco, dijo Felipe en voz baja y alejándose de su amigo.

—¡Miserable! murmuró Jaime viéndole marchar.

VIII.

Dos años de continuos sufrimientos, de completa soledad y de la mas honda amargura, habían abatido el ánimo de la infeliz condesa, hasta el punto de llevar con resignacion su horrible suerte y de esperar con impaciencia el fin de una vida que tantos sinsabores le costara. En medio de su infortunio, cuando los recuerdos mas crueles se apoderaban de su imaginacion conocia que la bondad del Cielo no la había desamparado totalmente y aun tributaba lágrimas de agradecimiento á Dios, porque su honra se conservaba ilesa y pura.

Mauricio había sido el primero en respetarla. Astuto y ambicioso se contentó con realizar los sueños de su deseo y temió exasperar á una mujer á quien tenia mucho mejor sujeta por mas indisolubles lazos.

Al pretender la condesa averiguar los motivos de su fuga, al descubrir la traicion de su criado, quiso desbaratar tan horrendas maquinaciones, y apenas su voz ahogada por el llanto resonó imponente y severa, Mauricio confesó sin rebozo su perfidia, y mostrando con una imprudencia sin igual la carta que Enrique le escribiera aquella noche aciaga y la contestacion de la condesa, amenazó á esta con acusarla de la muerte de su esposo, apoyando su amenaza en horribles sofismas y en insolentes interpretaciones templadas con promesas del mas inviolable respeto. La jóven conoció que sus esfuerzos eran vanos, tembló á la vista de la calumnia y la deshonor y sufrió en silencio su destino. Mauricio por su parte se contentó con tener á la condesa en estrecha y perpetua clausura para vivir exento de toda clase de recelos, y apenas alguna que otra vez se presentaba á los ojos de su víctima.

Este día le impulsó á ver á la condesa la presuncion de que se hubiese unido con Jaime para destruir su poderio y tal era la rabia que su corazón abrigaba que sin anunciarse como lo tenia de costumbre, entró á la habitacion en que estaba la jóven.

—¡Sois vos! le dijo ésta conmovida por la sorpresa y por el horror que hacía aquel hombre sentía.

—Tranquilizaos, repuso Mauricio. Vengo únicamente á saber de vuestra salud. Hace mas de veinte días que no he tenido la honra de visitaros...

La condesa volvió á caer en su abatimiento acostumbrado. Mauricio la observaba, queriendo leer en su semblante el mas pequeño indicio de turbacion ó de zozobra.

Solamente un corazón avezado al crimen y á la infamia contemplara tranquilo y sin remordimientos las terribles huellas que el dolor había marcado en el rostro de la infeliz condesa. Marchitos los vivos destellos de su juventud, apagado su mirar, pálidas sus mejillas, muerta su sonrisa inocente, no parecía sino que paso á paso iba descendiendo al sepulcro dejando al mundo por trofeos las mas lúcientes galas de su belleza. Mauricio sin embargo la veía indiferente, y despues de un corto momento de silencio:—De qué os ha hablado Jaime? le dijo, queriendo sorprender quizá la inexperiencia de la jóven.

Esta le miró con extrañeza contestando.

—Aquí no ha venido.

—Permitidme, señora, que lo dude.

—¿Por qué?

—Porque... hablemos sin rodeos. Hace algun tiempo que sospecho de su conducta y ayer ha echado de menos papeles importantes que solo él debe haberme quitado.

—No os entiendo.

—Procurad responderme categóricamente. Es inútil todo disimulo.

—¿Cómo? ¿De qué estais hablando? ¿Qué nuevos tormentos preparais á mi corazón?

—Condesa, quisiera contener los impulsos de mi cólera y veo que vos sois la primera en provocarla. Esos papeles que busco son vuestras cartas, vos debéis tenerlas ó á lo menos saber dónde las oculta Jaime, porque sin contar éste con vuestro consentimiento es imposible que se haya atrevido á arrebatármelas.

—¡Mis cartas! exclamó la condesa levantándose repentinamente. ¡Mis cartas en manos de Jaime... Y con qué pruebas me acusais de ser su cómplice?

(Se concluirá.)



Los Nazarenos de Toledo.



Descendimiento de la Cruz.

A JESUS CRUCIFICADO.

Y pudieron, Señor, viles esclavos
tu rostro profanar con gozo impío,
herir tus manos con punzantes clavos,
verter tu sangre en abundoso río!...

Por qué, gran Dios, el universo entero
al eco santo de tu voz bendita
no hundió en la tierra con arranque fiero
aquella raza páfida y maldita?...

Por qué del Sol las ráfagas lucientes
que a contemplar tu muerte se negaron,
al mundo ingrato, rápidas y ardientes
en raudales de fuego no abrasaron?...

Ay! fué preciso que tu amante anhelo,
para salvar la humanidad perdida
ofreciera solícito en el cielo
el duro sacrificio de tu vida...

Por eso descendiste del que ostenta
tu infinito poder brillante trono,
y sufriendo del hombre vil afrenta
dijiste al espirar, *yo le perdono!*

Hora de bendición!... La niebla oscura
que al mundo entre sus sombras envolvía,
abrió paso a la luz radiante y pura
que el aliento encendió de tu agonía.

Y despertando la razón humana,
en tí, sus ojos la verdad leyeron
que de su esfera plácida y lozana
rayos las gotas de tu sangre fueron.

Aquesa Cruz emblema de tu gloria
es la aurora feliz de un nuevo día,
es la enseña que al par de tu victoria
virtud y libertad al mundo envía.

Salve, Señor!... De ocaso hasta el Oriente
himnos resuenen a tu fé, sagrados,
y admiren tu poder de gente en gente
pueblos y reyes ante tí postrados.

L. OLONA.

SATANAS EN EL GÓLGOTA.

Mirando al Salvador en la agonía,
sus ojos ya sin luz, su pecho helado,
en su abismo eterno regocijado
gritó Satán: «la humanidad es mía.»

Y rompiendo su cóncava sombría,
asomó por el Gólgota, erizado,
la faz sulfúrea, y en el aire alzado,
las negras palmas con furor batía.

Muere Jesús, del conturbado cielo
desciende un ángel, que en su yerta frente
con llama escribe: «redención al mundo.»

Satán suspende su atrevido vuelo:
tiembla, ruge, y en rápida pendiente
terna a hundirse, rodando en el profundo.

GAVINO TEJADO.

A CRISTO EN LA CRUZ.

SONETO.

A la asombrada tierra en anchas gotas
llega la sangre que a su bien destinás,
y humilde en ese leño te reclinás,
Tú, que la tempestad riges y azotas:
Las nobles palmas por los clavos rotas,
coronado de bárbaras espinas,
la frente ilustre ante tu hechura inclinas
y en tu propia bondad tu acero embotas.
¡Perdon, mi Dios, y templa tus enojos
viendo a los hombres, que en su imbecil saña
sobre tu sien pusieron los abrojos
y entre tus manos la irrisoria caña
levantar hoy los espantados ojos
con torpe miedo a contemplar su hazaña!

J. ROMEA.

Revista de la Quincena.

Enterados ya nuestros lectores de los sucesos de Méjico por las quincenas anteriores, y dándose ahora por avisados del pronunciamiento de la capital que se verificó el día 6 de diciembre, réstales saber lo ocurrido á consecuencia de esa nueva revolución. Recuerden por un momento los extremos que hacían los mejicanos, con el pié de su padre y salvador Santa-Ana, y vean ahora, cómo ese mismo pueblo invade el panteon de Santa Paula, arrastra por las calles el pié venerando del ilustre general, derriba las estatuas de yeso y bronce que un tiempo eligiera á su restaurador, borra su nombre do quiera que lo vé escrito, y pisa su busto con ansiedad salvaje. Admírense al ver calificados esos escesos de moderación, por los periodistas de Méjico, y díganos despues si puede haber fé alguna en materias políticas, ó si hay corazon que se conserve puro y noble entre esos combates de las revoluciones. Preguntemos á los mejicanos qué ha hecho el general Santa-Ana para merecer su indignacion, y nos contestarán preguntándonos, qué hizo para ganarse su aprecio. No sabemos quién de los dos juega de mala fé, si el pueblo ó los caudillos; pero es destino del primero dejarse llevar á ciegas por el mas osado, como lo es de los segundos morir á manos del mismo que los eleva. Hoy, que el espíritu del siglo es la inconstancia y la novedad, pasan los hombres políticos, como las alas de los sombreros, y las solapas de las levitas. Hoy entusiasman, mañana se los vé con indiferencia, pasado mañana fastidian, al otro cansan y aburren, hasta que se les declara la guerra con el mismo entusiasmo con que los encumbraron al principio. Pero aun esta rápida variacion de sensaciones, le parece monótona al pueblo, y no sabe derribar un caudillo sin tener otro preparado. Y quiere parecer escéptico cuando no puede romper un idolo con la mano izquierda, sin fabricar otro con la derecha? *Risum teneatis?*

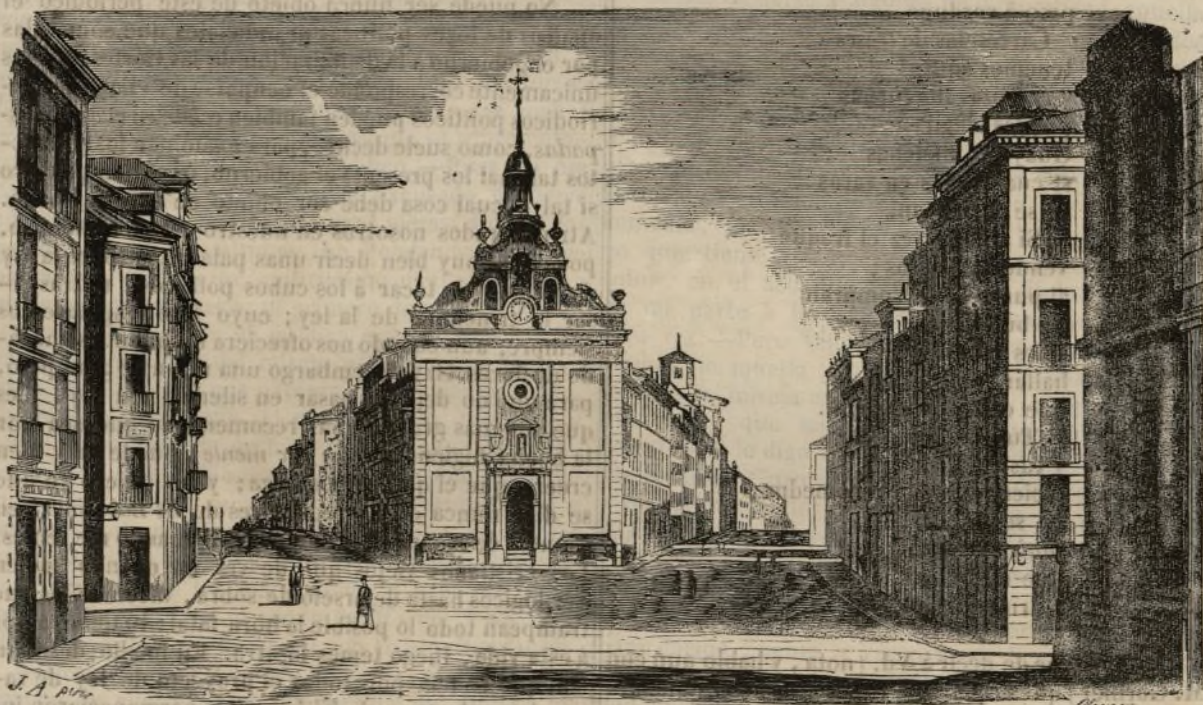
—En Inglaterra no ha ocurrido cuestion alguna notable despues de abiertas las Cámaras, y puede asegurarse, que no han empezado aun los grandes debates de la legislatura. La Francia en cambio ha dado un escándalo en la Cámara de los diputados el día 24 del pasado, que si se toma por lo sério indigna, y si se mira con desprecio dá lástima y algo mas. La proposicion de Garnier Pagés se reducía á pedir que no se cotizase en la bolsa de París el tres por ciento español; y nosotros no entraríamos nunca en esa cuestion, si no se tratase de ciertas expresiones vertidas por algunos diputados franceses, contra el gobierno español, al discutirse ese asunto. Dejaremos por lo tanto la cuestion económica, y nos ocuparemos únicamente del desahogo injurioso, falsamente llamado patriótico, que se permitieron los padres de la patria francesa en la sesion del día 24. Sabe Dios lo que sería de nosotros á estas horas si hubiese sido á la inversa! pues aquí, ni los periódicos se atreven á insultar al gobierno francés; conducta que á nuestro juicio honra mucho á los españoles.

—Voilà, Messieurs, le voilà, le grand Garnier Pagés, qui á été six mois à peu près en Espagne, et cependant il connaît tout; il connaît le Prado de Madrid, la banqueroute, les chispegos, les castagnettes de la aristocratie espagnole, l'histoire littéraire, politique, militaire, industriel du cette pays là, les navacas et des chosses qu'on peut pas s'imaginer! Allez, Messieurs, allez!—Cinq sous par personne!!! Voilà tout! On vend á la porte l'histoire de la Puerta del Sol de Madrid; ouvrage magnifique, et superbe écrit par M. Roger Bauvoir. A l'occasion, Messieurs, á la grand occasion!!!

—Quosque tandem, Catilina, abutere patientia nostra? Hasta cuándo, Garnier Pagés, has de abusar de nuestra excesiva tolerancia? Crees tú que por haber estado seis meses escasos en España, y haberte admitido en algunas sociedades decentes, á despecho de tu enmarañada cabeza de peluquero, y tu fraquecillo de commis-voyageur, tienes derecho á juzgar de nuestro crédito ni de la mala ó buena fé del gobier-

no español? Por qué si tenias necesidad de esos 400.000.000 de francos que te andan zumbando por la cabeza, no lo dijistes claramente, y si no todos, porque esa es mucha cantidad para un republicano, te se hubiera socorrido al menos con un palmo de terciopelo para el cuello de tu gaban, por ejemplo, que tenia alguna grasa de sobra? Pero ya se vé, mientras estais en España, no pensais mas que en el placer de volver á vuestro país á contar lo que creis haber visto, y resulta que os vais sin ver otra cosa, (y de prisa por miedo á la navaca) que *chispegos y castañetas*. Cosas que para nosotros han desaparecido enteramente y que vosotros creéis ver en todas partes. Verdad es que de esa precipitacion con que lo estudiáis todo, os resulta una universalidad de conocimientos pasmosa. Hay sábio entre vosotros, que no satisfecho con saber que hay Francia, por haber nacido en ella, sabe que hay España, Inglaterra, Portugal, Prusia, Rusia, Américas, y hasta de Jerusalem y Roma tiene noticias. Cuando os dignais publicar vuestros conocimientos, no lo haceis al aire por supuesto. Venís á España y os encontrais un hombre de chaqueta; sacais la cartera y nota al canto:—«En España todos los hombres gastan chaqueta.» Es in-

vierno y los árboles están secos:—«En España los árboles no tienen hoja.» No podeis asistir á ninguna reunion medio decente siquiera, porque no teneis un amigo en Madrid que os abone; pero en cambio sois presentados por algun compañero de fonda en una tertulia de trueno, cuya ama de casa acierta á ser americana y os recibe con un cigarro en boca; pues mano á la cartera y nota *me fecit*:—«En España fuman todas las señoras.»—Al salir de allí pasais por varias calles, y en una de ellas os encontrais con un embozado que habla por la reja con su novia; ella regularmente será hija de algun tabernero, y él podrá ser tal vez uno de los mozos de la fonda; pero á vosotros no os importa saber quiénes sean los amantes para terminar los apuntes del día con una nota que diga: «De cómo la hija menor del rey don Fruela, llamada doña Laura, platicaba con don Gomez por una reja de la Inquisicion.»—Medios análogos á los citados empleais para ignorar nuestro sistema de gobierno, nuestras relaciones comerciales, nuestro crédito y demas cosas que tenemos, con otras muchas que vosotros nos suponeis y que jamás hemos pensado en ellas. De ahí resulta que sois unos sábios abreviados, y que teneis mucha razon para reiros de nosotros, cuando



Vista de la Puerta del Sol de Madrid, copiada de la bellisima decoracion que el Sr. Abrial presentó noches pasadas en el teatro de la Cruz.

veis que para visitar vuestro país empezamos por aprender el idioma francés; cosa que á vosotros no os ocurre hacer nunca con el español. Pasamos despues medio año en Francia para familiarizarnos con el idioma, y cuando ya nos creemos en estado de darnos á entender siquiera, empezamos á estudiar vuestras costumbres. Pero este sistema es demasiado rancio é indigno de las altas capacidades francesas, que para asombro del mundo y vergüenza de los extranjeros, hablan... francés á los cuatro años de edad.

Tú, Garnier Pagés, eres uno de esos hombres grandes que produce diariamente la patria de S. Luis! Tu fraquecillo de piston y tus melenas de Cristo viejo, que tuvieron la bondad de mostrarse gratis en el Prado de Madrid, son dos notabilidades dignas del que conoce la posicion deplorable en que se encuentra la España! Tú no quieres que Francia pague las locuras de España, por no ser gravoso á tu país tal vez? Crees por ventura que habíamos de cargar en cuenta á una nacion amiga, la locura de haberte dejado pasear por nuestro país, obsequiándote *aínda mais*?... Vaya, no seas escrupuloso ni modesto, y déjate querer sin meterte á averiguar por qué ni cómo se hace. Los hijos tontos de cada Nacion, son cargas concejiles, que llevan mutuamente entre todos los

países civilizados. Pues bueno fuera que regañasen dos amigos íntimos porque los hijos del uno fuesen mas tontos que los del otro, ó se pusiesen en cuenta las sandeces y los disparates de los muchachos! No me parece á mí mal que las personas economicen; pero eso que tú dices es ya demasiado, y sería una infamia que en vez de pasar una nota á ese gobierno preguntando si te habías aliviado de la cabeza, le obligásemos á pagar la locura de haberte dejado venir á España. Nos exponíamos además á que nos dijese tu gobierno, con razon por cierto, que mas había hecho él en mandarte aquí, que nosotros en admitirte, pues á nadie le gusta hacer alarde de sus defectos. Y no te hagas ilusiones, Garnier, que á ninguna madre le gusta llevar de visita los individuos mas feos de la familia. Además, aquí (como tú sabes) no hay abundancia de marmotas ni organillos, y nos divertia el verte por las calles.

En cuanto á lo de *pillos y estafadores*, ten la bondad de decir en mi nombre á Oáilon Barrot y comparsa, que me digno invitarlos á que se acaben de llevar de España lo poco que nos dejaron sus hermanos el año de 1808. Y por lo que hace á las tres bancarotas, asegúrales de mi parte, que no se comprometieron en ninguna de ellas, intereses de los

diputados de la izquierda. En primer lugar porque no los tenían y en segundo... por lo que queda dicho. Por supuesto que todas esas quiebras se hubiesen evitado con haber quebrado la cabeza á los franceses que vinieron el año 1823; pero ese asunto es para mas despacio y ahora tengo yo otras cosas mas importantes de que ocuparme.—Concluyo, querido Garnier Pagés suplicándote que te cortes las melenas; que telimpies el frac, porque la grasa se opone á la transpiracion, y que te vayas á un pais mas frio por un par de meses siquiera; único medio de curar la tontería de la cabeza. Especie de tontería muy peligrosa y que algunos autores tienen por incurable.—Y aprovecho esta ocasion para decirte que es tal la popularidad de que gozas en Madrid, que desde que se ha sabido la importante interpelacion que hicistes el día 24 del pasado, las manolas y los *chispegos* se han dado á cantar las siguientes:

Es un mal incurable
la tontería;

pues el que tonto nace
tonto se cria.

Sot de la tete!

tonto de la cabeza
pobre Garnier!

Pagés unos te llaman
y otros pajillas;

en Madrid te llamamos
Monsiú cerillas.

Subo que subo
cuando de pregonero

paso á verdugo.

Carretelas de treses
tenemos aquí

y carrozas nocturnas
puedes elegir;

Guay las melenas
sí cuando vas en varas

te se despeinan.

Si alguna vez el fraque
vender quisieras;

al punto te le compran
las buñoleras.

Pues es difícil
hallar otros franceses

que den mas pringue.

Tu resalado talle
y tus canillas;

diciendo están, «comedme»
pa seguidillas.

Mais est assez
que nos va empalagando

Garnier Pagés.

Olvidábame de decir á Vd. (nota, y hablo aun con M. Garnier) que dispense la franqueza del tratamiento; pero como se trata de un republicano como Vd. me ha parecido que el tú por tú era lo mas á propósito. Olvidaseme asimismo decirte que si has creído halagar con tus insultos á algun partido político de España, has hecho *fiasco* (cosa extraña porque siempre te ocurrirá lo mismo). A nosotros, por la gracia de Dios, nos sucede lo que á los matrimonios cuando regañan: basta que un tercero se interponga, para que se unan los esposos. Tampoco me habia acordado de decirte que desde hoy quedas en completa libertad para decir cuanto te se antoje, seguro de que esta será la primera y última vez que nos dignemos tomarte en consideracion.—Y siendo mi voluntad que se lo digas así á los demas señores de la izquierda, que tuvieron la debilidad de secundar tus dictérios, quedo rogando á Dios por los infelices que tengan la suerte de ser defendidos por tan escuálido paladin. Por tu vida no quiero pedir al cielo por no molestarle en vano, pues si estás tan rollizo como cuando vinistes á España, y la no existencia de las momias es cosa probada, podrás vivir asi siglos y siglos para honra de tu pais y diversion del nuestro. Lo único que haré, y de eso puedes estar seguro, será desmentir la calumnia que te han levantado mis compatriotas, diciendo que la voz que se oyó en la Cámara llamándonos *pillos* y *estafadores* era tuya, para lo cual era preciso que fueses ventrilocuo, y eso tú mejor que yo, sabes que es imposible. ¿Dónde se ha de colocar los bigotes el que no tiene labio? Mira,

chico, esas son habladerías del vulgo, que (á vosotros) los hombres grandes os hacen reir.

—El Congreso de diputados; (tire Vd. una línea, señor cajista, no se nos venga aquí Garnier Pagés) se ha ocupado estos días de la *ley de vagos* cuyo proyecto presentado por el gobierno ha llamado mucho la atencion; así de la prensa periódica como de los mismos señores diputados. La discusion ha sido algo acalorada en un principio por haber empezado algunos discursos, por donde debieran concluir; pues aun no se sabia quiénes eran los vagos y ya se preguntaba dónde se los pensaba colocar. Y á consecuencia de haber opinado algunos señores diputados por mandarlos al ejército, el señor ministro de la Guerra tomó la palabra y dijo que si llegaba ese caso el ejército protestaría. Estas palabras que el presidente del Consejo de ministros pronunció en el calor de la improvisacion, fueron mal recibidas por el Congreso; ni mas ni menos que las de otro militar apreciable, que queriendo contestar á lo dicho por un señor diputado, sobre no reconocer mas que tres personas que se hubiesen popularizado por cumplir con su obligacion, usó de expresiones caballerizas y nobles, pero impropias del santuario de las leyes. Eran las tres personas citadas, y así las nombró el diputado á que aludimos, Montes el torero, Zumalacárregui el general carlista y Pontejes el corregidor de Madrid. Esto sobre no ser exacto absolutamente hablando, es en extremo desconsolador, pues de les tres ciudadanos modelos que se citaron han muerto ya los dos últimos, y el único que vive, ademas de ser torero, se ha retirado del oficio.

No puede ser nunca objeto de este periódico el análisis de leyes políticas ni judiciales que sometidas por el gobierno á la deliberacion de las Cortes, á estas únicamente corresponde el ocuparse de ellas. Los periódicos políticos pueden tambien *echar su cuarto á espadas*, como suele decirse, para examinar los proyectos tal cual los presenta el gobierno, ó ventilar primero si tal ó cual cosa debe ser objeto de una ley ó no. Atrincherados nosotros en nuestro tambor literario, podemos muy bien decir unas palabritas sobre la ley de vagos, sin tocar á los cubos políticos, ni traspasar la trinchera de la ley; cuyo foso respetaremos siempre, aun cuando nos ofreciera un puente sembrado de flores. Hay sin embargo una razon de gran peso, para que no dejemos pasar en silencio esa ley, y es que por mas grato y mas recomendado que sea por la buena higiene *il dolce far niente*, puede muy bien creerse que el que calla otorga; y no quiero yo que se diga nunca de los redactores de *El Laberinto*, en asuntos de vagancia; algo me debes cuando me temes. Los cristianos viejos que de vez en cuando suelen ser lógicos hasta dejárselo de sobra, dicen de los que trampean todo lo posible la hora fatal: tú tienes amor á esta vida, luego temes la otra. En medio del afan con que se leia por todos el proyecto de ley de vagos, los redactores de *El Laberinto* permanecieron indiferentes, convencidos de que por muy delgado que hubiese tejido el gobierno, era imposible que á ellos les alcanzase artículo alguno; pero el director, ansioso de encontrar un medio de hacer trabajar con mas constancia á sus compañeros, cayó por fin en la tentacion. Leyó el proyecto, se le erizaron los cabellos al verse comprendido en uno de sus artículos; tembló por los cesantes al encontrarlos víctimas del proyecto, y sin dar el menor escándalo ni permitir que nadie mas lo leyera, lo archivó en su pupitre, con una estampa de la Polka, y un tratado de Homeopatía.

(A. B. C. D.) La POLKA y la HOMEOPATIA, son al baile y á la salud pública, como la VAGANCIA es á la felicidad social. La fe es una virtud tan importante y tan necesaria para todo, que sin ella Rudaguas, el gran óptico español, no hubiese logrado nunca acreditar sus cristales entre los cortos de vista. Nadie duda que la Polka es un baile como otro cualquiera, y sin embargo está hoy á la cabeza de todos: digales V. á las jóvenes del día que bailen el baile inglés ó el zapateado, y le llamarán grosero y chavacano; preludie V. la Polka en vez de saludarlas, y se pondrán á bailar en medio de la calle. La Homeopatía ya estaba haciendo furor (hasta en plural si Vds. quieren) cuando apareció la Polka; pero como no se estorbaban la una á la otra, siguieron ambas haciendo prosélitos á docenas. Este nuevo sistema médico tiene la

ventaja de poderse aplicar por mayor, y si desgraciadamente se desarrollase alguna enfermedad en toda la Nacion á la vez, la Homeopatía nos sacaría adelante á todos. Verán Vds. como en el próximo verano, si quieren curar las tercianas por el método homeopático, no tienen mas sino echar un $\frac{1}{1.000.000}$ de grano

de quinina en el rio y mandar que todos los del pueblo vayan á beber de aquel agua. A no ser que por el principio constante de la homeopatía, de que un clavo saca otro, quieran curar las tercianas con agua de noria, ó digan que es bueno para los calenturientos aspirar de noche los vapores de una laguna. La Vagancia no es comparable de ninguna manera con la Homeopatía, pues por mas cómoda que le parezca al que la ejerce (y no se alarme el gobierno porque yo la llame oficio) debe considerarse siempre como el núcleo, ó mejor diremos el origen de casi todos los delitos.

El gobierno, que so pena de serlo ahora, ha de haber sido chico alguna vez, habrá oido decir á sus maestros que «la ociosidad es madre de todos los vicios», y como la ociosidad y la vagancia, si no son sinónimas les falta poco, ha creído de su deber perseguir á la madre para acabar con los hijos. Esto no es muy constitucional que digamos (ni antes ni despues de reformada la de 37); pues hay un articulejo que dice ser intrasmisibles los delitos en las familias; pero si la ley de vagos ha de ser la piedra filosofal de este bendito pais, y el gobierno ha tenido la fortuna de encontrar el filon, todo se puede dar por bien empleado. Si mientras se llamaba ladrón al que robaba, no se perseguía á nadie: ¿qué te importa á tí, español descontentadizo, que ahora para perseguirlos haya necesidad de llamarlos vagos? Aun cuando no se gane con ello otra cosa que la de suprimir del Diccionario de la Lengua una palabra fea, algo es algo.—Si uno que baila la Polka, no quiere que lo llamen bailarín y sí *polkista*, y el que se cura por medio de la homeopatía, dice que no es enfermo sino *proselito del sistema homeopático*, qué razon hay para llamar ladrón al que se encuentra en casa ajena con una ganzúa en la mano? No os dice el gobierno que le llameis *vago con circunstancias agravantes*? Pues llamadle vago, y en paz. Pedid á Dios que los criminales no se eternicen en las cárceles, que los presidios no sean escuelas de corrupcion, y que las obras públicas se suspendan por falta de brazos, para lo cual tenemos mucho que andar aun, y vereis cómo no os importa que al criminal le llamen vago, si espía sus maldades en el patíbulo.

—La conspiracion de Vitoria, sofocada en flor, ha sido uno de los sucesos políticos que mas han llamado la atencion del público en los últimos días de febrero. Quién la atribuía á los carlistas, y quién á los exaltados. Hoy día hay quien ignora aún si ha sido apostólica ó progresista. El gobierno ha hecho algunas prisiones, y entre ellas un tal don Deogracias Picatoste, el cual si no tiene mas delito que el del apellido y el nombre de pila, debe salir absuelto; ó se ha perdido ya en España la aficion á las charadas.—La causa que se seguía al general Oribe sobre su conducta como autoridad en los últimos sucesos de Logroño, ha terminado satisfactoriamente como era de esperar; y su defensor, el jóven general Ros de Olano, ha dado una nueva muestra de su claro talento en esta ocasion.—El virtuoso general don Evaristo San Miguel, que estaba de cuartel en Bilbao, ha sido trasladado á Madrid con igual destino, y aunque convaleciente de su enfermedad, parece que se dispone á continuar la *Historia de Felipe II*, de la cual ha publicado ya un tomo, con extraordinaria aceptacion, el infatigable editor D. Ignacio Boix. A propósito del cual, y haciéndonos cargo de una cuestion que está ventilando hoy día con el señor Calleja, debemos decir al segundo de ambos editores, que el señor Boix está en su derecho insertando ó no en el *Diario de Avisos* los anuncios que guste, fuera de aquellos oficiales ó de otro género cualquiera, cuya precisa insercion consta en el contrato que el señor Boix hizo con el gobierno al adquirir la propiedad limitada del citado periódico en pública subasta. Al señor Calleja le disgustará infinito no poder anunciar sus publicaciones en el *Diario*, pero esta es una de aquellas cosas que no tienen remedio. Es uno de aquellos lances solemnes de la vida,

en que el mortal se tira de una oreja y no se alcanza á la otra.

«De coraje te pones amarillo

»Lo sé; y enfurecido me maldices

»Pero cómo ha de ser, yo he de decillo.»

Esto que yo copio aquí, se lo dijo antes de ahora Inarco Celenio á Fabio (poeta detestable, entre paréntesis); con que aplique V. el cuento. Obras son amores y no buenas razones, señor Calleja de mi alma. Publique V. obras á destajo aunque sea como la *Historia del Consulado y del Imperio*, que ya nos la sabremos todos de memoria cuando V. se digne traducirnosla, y déjese de andar pidiendo justicia por las columnas de los periódicos. Es inútil afanarse en buscar el filon cuando el terreno no está en mineral siquiera.

—El ayuntamiento de Madrid (hoy es preciso que á todos les llegue su San Martín) tiene grandes proyectos de grandes mejoras para el ornato de la capital, los cuales indudablemente le impiden atender al empedrado de las calles, á la continuacion de las aceras, y finalmente á terminar de una vez la dichosa verja del Prado. Que por buena que sea, tememos mucho que le suceda lo que á los actores cuando son largos los entreactos, que haga *fiasco*. Trátase nada menos que de hacer una barrera al estilo de la de París, fuera de la puerta de Segovia; de traer las aguas á la capital; de hacer un puente desde el portazgo de Atocha hasta Santa Isabel; otro en el camino de San Isidro, y en suma derribar la casa de Tamames para hermosear la Carrera de San Gerónimo, hoy calle de Zayas. Esto último parece que se lo han encomendado al tiempo, en cuyo caso vá despacio, pues la citada casa no tiene síntomas de venirse á tierra en dos siglos. Recomendamos á los señores concejales un poco mas de actividad y un poco menos de imaginacion, pues para hacer castillos en el aire todos somos buenos. Hace tiempo que los periódicos están clamando porque se componga ó se haga de nuevo la acera de la derecha de la calle de Preciados, y aun se conserva en un estado indigno de una de las calles de mas tránsito de Madrid, sobre todo de noche.

—Varios proyectos de diversos géneros cruzan las testas de otras personas, y uno de los infinitos que han llegado á nuestra noticia, es el de la formacion de un nuevo Liceo, titulado el *Siglo*, el cual promete (guarde V. esa palabra entre paréntesis, señor cajista) no seguir las huellas del otro Liceo. Y hará muy bien en obrar así, pues si el *Liceo artístico y literario* no está comprendido en la ley de vagos, es porque ni á holgar siquiera se atreve de miedo de hacer algo. Los teatros son asimismo un foco continuo de bellísimos propósitos para el nuevo año cómico, y de ellos no queremos decir nada por ahora, gracias á la multitud de funciones nuevas que nos están esperando para pasar la consabida revista de comisario.

Preséntase en primera linea el *Circo* y nos dice: Beneficio del señor Luccini, I Martiri.—Pase adelante el *Circo* aunque el martirio debiera ser la última escena de esta revista; pero deseamos ver cuanto antes quiénes fueron los mártires esa noche, si el público ó los actores.—Al comprar el librito que se vendía á la puerta del teatro, vimos que habia empezado por padecer martirio el *libretto*, pues parece imposible que se pueda imprimir con mas errores de los que aquel tenia. No habia un verso siquiera que se hubiese salvado del horrendo martirio á que los condenarán generalmente, con medias palabras de menos y sílabas á cientos de mas. Sacamos de penas al ejemplar que habíamos comprado, haciéndole trizas para que nadie mas pudiera reirse con sus desatinos, y atentos á oír la última produccion de Donnicetti, vimos que era un índice general de las óperas que tiene escritas hasta el día, y que por lo tanto, habian padecido martirio varios motivos, entre ellos algunos hijos de la *Gemma di Vergi*. Pero la ópera de que hablamos tiene trozos sublimes y una instrumentacion riquísima.—Puesta en escena con extraordinario lujo, tanto en acompañamiento como en decoraciones y trajes, el bolsillo del empresario era otro de los infinitos mártires que allí habia. En la ejecucion hubo de todo, y á no ser por habernos asegurado que la segunda noche se cantó mejor por todos, haríamos algunas indicaciones á la señora Ober-

Rossi y al señor Bettini; partes principales de esta ópera. El señor Spech no estuvo muy feliz tampoco, y el público oyó con el dolor del verdadero mártir los trozos mas bellos de la ópera. La señora Ober-Rossi tuvo la fortuna de que el público la aplaudiera, en lo que justamente nos desagradó mas á nosotros, y á cualquiera que tenga mediano oído. Pero todo se podia haber llevado con paciencia, menos el martirio del esplego! Parece imposible que un teatro tan aristocrático como el *Circo*, tuviese el fatal pensamiento de exahumarnos con alucema, como si fuésemos criaturas de tres ó cuatro meses. Dios se lo perdone al director de escena, puesto que yo no me atrevo á hacer otro tanto!—El beneficio del señor Barrez, compuesto de piezas conocidas ya del público, se ha ejecutado en el mismo teatro y en uno de estos últimos días. En él, como siempre, brilló la Guy-Stephan, bailando el jaleo de Jerez.

—En los teatros principales se han atropellado de tal manera los beneficios, que ahora nos vemos obligados á tener la puerta entreabierta para que vayan pasando uno á uno, no haga el diablo que se escape alguno sin el consabido registro, ó por venir en tropel nos hagan decir lo que no quisiéramos.

—Doña Bárbara Lamadrid.—Muy señora mia: pase V. adelante y dígame qué trae de nuevo por acá.—Como estaba malo el señor Latorre, no pude estrenar para mi beneficio un drama nuevo original de la señorita Avellaneda, titulado *Egilona* y me vi obligada á improvisar una funcion extraordinaria. En ella no hubo mas de nuevo que el duo de la *Clotilde*, cantado por mi esposo y la señorita Tirelli; que como V. sabe gustó mucho al público; una cavatina al piano cantada por dicha señorita que fué m y aplaudida; la *Pendencia*, y el rondó final de *Marino Faliero*.—Con que no hubo mas de nuevo esa noche?

—No señor, porque las comedias que se representaron eran conocidas ya del público.—Pues en ese caso, y puesto que V. me ha excusado de decir cómo andubieron las dos primeras piezas, diré yo dos palabras de las dos últimas. La *Pendencia*, cantada por Salas y Caltañazor, entusiasmó al público de una manera extraordinaria; al primero de ambos cantantes ya le habia visto el público mas de una vez en ese duo y en otros del mismo género, por lo cual seria excusado que nos parásemos á elogiar su trajes, su manera, su canto, el saludo en fin que hace al pasar por delante de un beaterio que hay á la esquina de una calle. El apreciable actor cómico don Vicente Caltañazor, se presentaba por primera vez al lado del coloso Salas, y agradó mucho al público tanto por su voz como por sus maneras *jacarandas*, como dicen los malagueños. La señora Tirelli estuvo felicísima en el rondó de *Marino Faliero*, y el público la llamó á la escena con vivísimos aplausos.

—Dispense Vd. señorita Tablares, si esa graciosa gorrita de cuartel y esa chaquetilla de militar me han impedido conocer á Vd. tan pronto como hubiese querido; pero ahora recuerdo que así se presentó Vd. en la escena el día de su beneficio, entusiasmando al público con su graciosa travesura y su lindo talle en los diversos papeles de *Pablo y Paulina* que con tanto acierto desempeñó en la comedia del mismo nombre.—La justa simpatía que el público tiene hácia la señora Tablares, se manifestó visiblemente en la noche de su beneficio. A pesar de que no se hacia nada nuevo, si bien es cierto que la funcion fue muy variada, hubo entrada llena.

—Sigue adelante la confesion de los penitentes y trata de escaparse por la rejilla doña Juanita Perez, so pretexto de que son suyos los hijos de Satanás. Yo no me opongo si bien me disgusta un poco que el diablo haya tenido tan buen gusto, y la suplico que con la mayor brevedad me diga lo que quiere, y qué buscan aquí esos dos caballeros que cosidos á espunte la han acompañado hasta mi gabinete. Habla la señora Perez y dice así:—Yo Juana Perez, actriz queridísima del público español he puesto en escena para mi beneficio un drama titulado *los hijos de Satanás*, original de los Señores don Luis Valladares y don Carlos Doncel. Al público no le ha gustado nada y lo ha dicho clarito, demasiado claro tal vez; pero á mí me parece que es digno de que se fije en él la atencion, tanto por su enredo, como por su buena versificación.—De ambas cosas se pudiera decir algo, amiga Juanita; pero estamos conformes en que el drama

no es lo que creyó el público y está muy distante de merecer el éxito que tuvo. El pensamiento del drama es muy ingenioso, la intriga está bien conducida, y las situaciones son de mucho efecto; pero jamás se podrá disculpar á los actores de haber escrito una obra que el público no puede comprender en la representacion, y que no entendiéndola disgusta de seguro. Yo creo de buena fé que algunas cosas de las que los profanos no pudimos pescar aquella noche estarán motivadas, y no habrán ido á caer en el drama, como el maná de los Israelitas; pero esto no pasa de ser una buena intencion de la cual no responde nadie. Los autores de las *travesuras de Juana* son dignos del aprecio del público; pero eso no obsta para que los hijos de Satanás pertenezcan á un género endiablado que pasó hace mucho tiempo.—El acto primero, escrito con admirable facilidad, es una exposicion perfecta, que hace concebir grandes esperanzas de la comedia; piérdese el rumbo en el segundo, con una multitud de incidentes; inverosímiles en su mayor parte, y todas las bellezas del acto tercero, lleno de situaciones interesantes y cómicas, no bastan á salvar la comedia. La madre del supuesto Satanás, fingiendo duendes y creando visiones diabólicas, para que su marido tolere la estancia de aquel muchacho en su misma casa, es un carácter excelente, que vale bien el pensamiento de una comedia. Los demas caracteres, entre los que hay algunos muy bellos, no estan bien sostenidos, y de ahí nace ó en eso principalmente consiste la confusion del drama.

Oímos quejarse á algunos de inmoralidad aquella noche, pero como no lo dijese por la gente de los palcos ó de la cazuela, no sé por quién lo dirian; pues yo estoy seguro de que la comedia no ha comido jamás de carne en días de ayuno. La mayor parte de los libros que quemó la inquisicion, no tenían otro delito que el de caer en manos legas.—Repetimos que el público no tuvo razon para silbar la comedia, ni para oír en silencio el bellísimo diálogo que tiene Vd. mi señora doña Juana, con su tutor, en el acto tercero. Con que dígaselo Vd. así de mi parte á los autores de la comedia, y hasta otra vez.—Pero venga Vd. acá, señorita, á darme cuenta de aquella pieza en un acto original, que se estrenó la misma noche.—Mire Vd. amigo mio, es tan mala, que mejor seria dejarla olvidada.—De veras?—No le digo á Vd. mas si no que se silbó á pesar de estar Guzman en la escena toda la comedia.—Serian tal vez los restos de la silba anterior.—Me parece que no, porque... Vaya, Vd. lo sabe mejor que yo, y á mí como beneficiada no me conviene decir ciertas cosas.—En ese caso, y puesto que Vd. se resiste á reconocer en mí la autoridad suficiente para darme cuenta y razon de su beneficio, tenga Vd. la bondad de presentarme á los dos ingenios que han abortado esta malhadada comedia, y yo les haré las preguntas que tenga por conveniente. (En este momento comparecen á mi presencia los señores Lumbreras y Villa del Valle, con los ojos bajos, los brazos cruzados y dos onzas de algodón en los oídos).—Pregunta.—Por qué pusieron Vds. ese título de *¡A la una!* que hace esperar cuando menos unos chicos jugando al paso, y cuando mas una pública subasta?

—Respuesta.—Porque nos dijeron que era preciso ponerla un título cualquiera.—En ese caso, pase. Qué motivo han tenido Vds. para hacer que en el motin de Esquilache estuviese un hombre á la puerta de su casa sin atreverse á entrar? (silencio por parte de los acusados). ¿Por qué no hicieron Vds. que aquel pacífico ciudadano entrara en su casa?—Porque en ese caso no habia comedia.—Pues no quiero molestar á Vds. mas, y los absuelvo por la franqueza; pero tengan la bondad de preguntar al director de escena, cómo se ha compuesto para saber que el astracan de Cataluña (el falso astracan) se usaba ya el año de 1766? Y les encargo que para otra vez no sean tan escasos en el chiste, pues á Vds. les será indiferente poner mas ó menos sales cómicas, y al público le gusta mucho esa comida, en obras que si no tienen alguna gracia, desaparecen como el punto en el espacio, que no se ha encontrado aún; segun la última noticia de los matemáticos investigadores.

—Señor don Florencio Romea, soy con Vd. al momento. Permitame Vd. primero que pida perdon

á mis lectores, por lo que les dije el otro día acerca de la *caverna de Kerugal* ó la punta de hierro; pues ha salido todo lo contrario de lo que ya habíamos profetizado.—Peor es meneallo, señor articulista; yo también me engañé algo; aunque á decir verdad no tenía otra cosa que poner en escena, y por dar alguna cosa nueva... Pero si á Vd. le parece la pasaremos en silencio.—Cómo qué? déjeme Vd. dar las gracias al señor Abrial por la maquinaria del último acto, sin lo cual se hunde el melodrama, y luego le perdonaré al traductor español el haber traducido los asesinatos y las sandeces que á cientos están esparcidas en la *caverna de Kerugal*. Y agradezca dicho señor la mediación de Vd.; pues de no ser así yo le diría una cosa que al cabo y al fin acabaré por decirse; pero no; basta que yo sepa que los franceses escriben ciertos melodramas para tentar la codicia de los traductores españoles. No quiero dar esa mala noticia á nadie.

—*Bon jour, Monsieur.*—Quién va?—Estoy yo caballero; yo *Monsieur Van-Gelder*, violoncellista solo de S. M. el rey de los Países Bajos.—Pues en ese caso, amigo mío, ha equivocado á Vd. la casa, porque yo no soy cónsul de magestades belgas, sino humilde redactor... Por eso vengo de Vd. para que diga cómo me trovó en el concierto que jugué en la Cruz la noche del 26 de febrero.—Antes de salir á las tablas muy mal, después muy bien; y me explicaré; porque acaso no sea Vd. solo el que necesite entenderme. Por habilidad que tenga un músico (y cuidado que la de Vd. es mucha), no le aconsejaré yo que dé un concierto, porque perderá de seguro el tiempo y el dinero. Un solo de flauta, de violoncello, de violín, ó de otro cualquier instrumento, agrada mucho en una ópera; pero creer que el público ha de asistir al teatro para oír un instrumento determinado es inútil. Nosotros no tenemos necesidad de ver lo que sucedió en el Museo y en la Cruz; á cuyos puntos no asistió nadie casi, para saber que había de suceder así; pero á muchos les habrá servido de ejemplo. Quiera Dios que escarmienten las empresas! Me complace sin embargo en tributar justicia al gran mérito del señor Van-Gelder, diciendo, que ejecuta con mucha limpieza, y que conoce el instrumento como pocos.—La compañía de ópera tomó parte en dicho concierto, y la romanza que la señorita Tirelli cantó al piano, acompañada de violoncello, agradó mucho al público; según decían los carteles era composición de dicha artista.

—Los señores Guasco, Mahini y Lej, pueden pasar adelante con franqueza; yo desearía que al presentarse el primero de dichos artistas al público español, hubiese podido demostrar que la gran fama de que goza en el mundo músico, es justísima. Faltaban pocos días para cerrarse los teatros y el señor Guasco quiso salir á cantar el *Hernani*, á pesar de su enfermedad; y así fué que no pudo cantar, como creemos que cante después de Pascua. Sin embargo, el público se entusiasmó al oír las primeras notas de la cavatina, y de su buen método de canto ya se pudo colegir algo; pero queremos esperar á oírle de nuevo para juzgarle con seguridad. Suspendemos por no incurrir en la repetición, el hablar del resto de la ópera, haciendo una justa excepción en obsequio de la señorita Tirelli, que, como han dicho otros periódicos antes que el nuestro, fué la única de las partes principales que cantó la ópera. Estuvo felicísima en la cavatina de salida y el público la aplaudió con verdadero entusiasmo. Del mismo modo cantó las piezas concertantes, de las cuales no podemos decir nada por hoy. Los trajes que sacaba eran de un gusto tan esquisito, que el público no pudo menos de aplaudirlos; cosa que no se acostumbra en nuestros teatros. Concluiremos esta ligera noticia, felicitando á la empresa por el lujo con que ha puesto en escena el *Hernani*, y al señor Gaztambide, por lo bien que estuvieron los coros.

—Usted, señor Sobrado, me dispensará que le haya dejado el último en el confesonario, pero no es mía la culpa, si su beneficio ha cerrado el año cómico. (Las armas son algo desiguales hoy, porque yo estoy solo y los autores dramáticos se han empeñado en venir pareados. Hasta la *caverna de Kerugal* ha sido obra de dos ingenios, desde el momento que se tradujo al español), Vd., señor Sobrado,

es muy dueño de traer á esta su casa cuantos quieran favorecerla; pero desearía que los autores de *don Felipe el Hermoso* se fuesen á fumar un cigarro á la pieza inmediata, por si acaso ocurre decir alguna cosa que ellos no deban oír, porque yo no puedo tener la presunción de que mi crítica sirva para corregir á nadie; me limito á cumplir con mis lectores, y á ellos en confianza les digo mi opinión sobre cualquier punto que sea.—Primeramente dígame Vd., quién es ese *don Felipe el Hermoso*. Sobrado (*aparte*).—Vaya unos críticos que no saben quién es *Felipe el Hermoso*—Yo (*aparte*); vaya unos autores dramáticos, que á poco mas no le conservan ni el nombre á Felipe I.—Con que no sabe Vd. quién es Felipe el Hermoso?—El archiduque de Austria, casado con doña Juana la Loca, hija de los reyes Católicos, sí señor; pero el rey Felipe que se presenta en ese drama no sé de dónde pueda haberse escapado. Después de repasar inútilmente en la memoria todos los reyes de España, he creído que incomodados los autores del drama de que los Fernandos (*súplex* reyes) llegasen á siete y los Philipos no pasasen de cinco, por mas que el último reinase en dos distintas épocas, han querido fabricar el sexto.—Y casó que eso sea cierto, exclama Sobrado, no ha reconocido Vd. á doña Juana la Loca; en esa reina constitucional (como dicen los franceses) humillada continuamente por su mismo esposo, juguete de una extranjera, y víctima de cualquier mequetrefe?—No señor, y casi me atrevo á decir que Vd. tampoco.—Pues en ese caso no sé qué encuentra Vd. de bueno en el drama.—Los versos, y hágame Vd. el favor de callar por un momento. En primer lugar creo que cuando los reyes católicos decían *Dios nos lo dió, Dios nos lo quite, cúmplase su santa voluntad*, no se referían á la pérdida de su hijo único don Juan, sino que profetizaban la suerte que le había de correr á doña Juana en el drama de *don Felipe el Hermoso*. Soy de opinión también que esa clase de dramas patrióticos no deben de escribirse nunca; y si se hace, convendría echar mano de las historias extranjeras, ó mejor aún lanzarse por héroes á un mundo imaginario. Admitido el principio de que todos los vicios, sin distinción de políticos ni sociales deban corregirse en el teatro, el método seguido en el citado drama es contraproducente. No vale la pena de adulterar la historia, atribuyendo á personajes conocidos en lo antiguo, vicios que no tuvieron nunca, para que la sociedad moderna conozca la fealdad de su organización política ó las faltas mas bien de ciertas y determinadas personas. Si el público ve que en los siglos pasados hubo las mismas gentes y las mismas maldades que ahora, casi no se atreverá á marchar por la senda de la virtud temiendo que lo llamen innovador. Y en vez de decir con los autores del drama

—«Remediaremos sus males.

—«El pueblo, el magnate, el rey

»mas pequeño que la ley

»y ante ella, ¡todos iguales!»

dirá conmigo, por ejemplo,

No quiero reformas, no;

vivamos como vivieron,

que así mis padres lo hicieron

y así lo quiero hacer yo.

Segregada la intención política del presente drama, queda la obra algo menos que en esqueleto; pero revela sin embargo las buenas dotes que en diferentes ocasiones han conquistado á los señores Asquerino y Larrañaga, la justa fama de que gozan como poetas. Ambos á dos versifican á cual mejor, y es difícil entresacar en *don Felipe el Hermoso* los versos del uno ó del otro. Sin embargo, distinguiáanse, á nuestro juicio, los de don Eusebio Asquerino, por su arrogancia y la elevación de sus conceptos; al paso que los versos del señor Larrañaga, siempre armoniosos, tiernos y apasionados, se dejan conocer á primera vista. Esa mezcla de versificación perfectamente por ambos ingenios brilla en todo el drama, y principalmente en el primer acto. Los personajes no son nada interesantes en general, y hay ciertas vulgaridades, en boca de las personas

mas elevadas, que no nos parecieron oportunas. Nótase en los villanos por el contrario, mas conocimiento del que debieran tener de achaques palaciegos, y este defecto resalta mucho cuando Juan habla con el rey sin conocerlo; ni mas ni menos que don García, en la comedia de Rojas, titulada *del Rey abajo ninguno*.—Los autores y el beneficiado fueron llamados á la escena la primera noche, y la segunda los primeros recibieron coronas de laurel y palomas. Así terminó el año cómico el día 8 de marzo de 1845. Si alguno dijere que he hecho mal en titular *Revista de la quincena* á este inmenso artículo, siendo así que me he llevado hablando desde el día 16 de febrero hasta el 8 del presente, tendrá razón. Pero espere un poco que aun no hemos acabado de padecer ni ni el lector ni yo. Aun llaman á la puerta los penitentes, y como estamos en cuaresma no quiero rechazar á ningún arrepentido.

—Señorito, que está aquí Thiers.—Cómo Thiers?—El del Consulado y del Imperio.—Pues no hay duda! Dile que pase adelante. Vaya, estos franceses son el mismo diablo! Aun no se ha publicado este artículo y ya saben lo que en él se dice de Garnier Pagés: vendrán á pedirme una explicación de lo que pienso decir, ó á darme notas para que diga algo mas?

Entra el M. Thiers que anunciaba mi criado cargado de libros, me entrega dos tomos; me pide dos duros y desaparece al momento. Conozco por fin mi error, acordándome que el día 15 era el señalado para publicar simultáneamente en Francia y en España la *Historia del Consulado y del Imperio*, y agradecido á la puntualidad del señor Boix, me pongo súbito á leer la traducción corregida y anotada por el señor don Antonio Alcalá Galiano. A pesar de que la edición es lujosísima, y de que la limpieza y claridad de la impresión convida á leer, suspendo mi tarea para mejor ocasión; y limitándome á hojear el libro solamente, paro la vista en las notas del señor Galiano, admiro la oportunidad con que han sido hechas, la gran erudición que revelan, y mas que todo el espolismo que respiran; todas las inexactitudes que se permite el célebre autor francés, las corrige el distinguido escritor Galiano, con suma templanza y admirable laconismo. Las relaciones que tiene nuestro periódico con el Sr. Boix nos impiden elogiar como debíamos la generosidad con que dicho Sr. se ha lanzado á ser el primero en darnos á conocer tan importante historia. El público, que ha agotado con pedidos anticipados la primera edición, ha sabido comprender los enormes dispendios que ha hecho el Sr. Boix para obtener ese privilegio del editor francés.

Alance. No por olvido sino de intento, por no amargar el ánimo de nuestros lectores, consignamos en las últimas líneas los nombres de los Sres. D. Santos Lopez Pelegrin y D. Francisco Tapia, que dejaron de existir en los últimos días del pasado mes. Apreciado el primero por sus escritos bajo el pseudónimo de Abenhamar, y conocido el segundo por su extraordinaria habilidad en la guitarra, y su cualidad de ventrílocuo, no necesitamos estendernos en hablar de ellos y nos limitamos á decir, *sit terra levis*. Séales la tierra ligera!

En cambio de esa desagradable noticia, y para probar que el mundo no deja la marcha que una vez se propuso seguir, por nada ni por nadie, diremos que en los primeros días de marzo hemos tenido el gusto de ver en Madrid al apreciable poeta D. Miguel de los Santos Alvarez, cuya ausencia de tres años ha lamentado de continuo los numerosos amigos que dejó en la corte, al marcharse de secretario de la legación española en el Brasil.

Y ahora, si á Vds. les parece que yo sea alguna vez uno de esos bienaventurados que duermen y fuman sobre todo, sin acordarse de nada, haré ambas cosas por complacerlos, regalando gratis á los mas exigentes lo que se me haya quedado por decir.

ANTONIO FLORES.

DIRECTOR Y EDITOR, D. Antonio Flores.

Impreso en las prensas mecánicas de D. I. BOIX
calle de Carretas, núm. 8.